

Colección  
**Las juventudes argentinas hoy:  
tendencias, perspectivas, debates**

# Juventudes, peronismo, pasiones e igualdad



La inversión emocional en la política

**Marcos Mutuverría**

 Grupo Editor Universitario

 CLACSO





MARCOS MUTUVERRÍA

# Juventudes, peronismo, pasiones e igualdad

La inversión emocional en la política



Mutuverría, Marcos

Juventudes, peronismo, pasiones e igualdad : la inversión emocional en la política / Marcos Mutuverría. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2020.

90 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-22-7

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Título.  
CDD 305.235

1ª edición: agosto 2020

Diseño, composición, armado: Silvia Ojeda

Diseño de tapa: GEU

Imagen / arte de tapa: Coni Olivetto

© 2020 by Grupo Editor Universitario  
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-22-7

Queda hecho el depósito de ley 11.723

*No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.*

# Índice

<b>Introducción. Nota de autor</b> .....	7
<b>Capítulo 1</b>	
Decidirse por la militancia: comenzar, dejar. Trayectorias zigzagueantes .....	13
<b>Capítulo 2</b>	
La muerte de Néstor .....	25
<b>Capítulo 3</b>	
Entre el territorio y el Estado .....	35
<b>Capítulo 4</b>	
Dos disputas: edad y peronismo .....	47
<b>Epílogo</b> .....	83
<b>Bibliografía</b> .....	85
<b>Datos del autor</b> .....	89



## INTRODUCCIÓN

### *Nota de autor*

Este libro responde a una inquietud personal. Habiendo sido una tesis doctoral, el contenido de estas páginas advierten un registro en un tono menos académico y más intuitivo sobre la participación política juvenil<sup>1</sup>. Durante los años en los que investigué a diferentes jóvenes en su militancia me topé con un sinfín de sensaciones encontradas. Por eso, independientemente del aporte científico de mi tesis doctoral, acá quiero reposar en lo sensible del contacto humano, en aquellas cuestiones que viví con ellos y ellas en las entrevistas, reuniones, observaciones y momentos que compartimos.

### **Encuentros**

Para eso hablaré de encuentros. Sí, se trató de diversos encuentros con otros y otras que me marcaron y me llevaron a pensar en mí, mi infancia y adolescencia, y también mi presente y futuro. Creo que estas historias dan cuenta de un momento histórico que observé, y con el cual dialogué, pero también fui parte, de manera omnipresente.

El tono personal de este libro es un desafío de escritura, pero también un ejercicio de sanación personal, porque los vínculos establecidos con estos jóvenes militantes me permitieron desatar emociones reprimidas y dieron rienda a un tipo de reflexión muy íntima que ahora deseo compartir.

También pienso que el cambio de registro en la escritura responde a otra inquietud profesional que implica llegar a otros públicos. Mediante

---

1. La tesis doctoral “Juventud y participación política: la condición juvenil en el peronismo platense contemporáneo” se finalizó en 2017 en la Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.

una narración descriptiva, con énfasis en experiencias vivenciales y evitando la abundancia de citas bibliográficas de colegas, este libro puede despertar un interés en lectores que no consuman habitualmente tesis doctorales en sus mesitas de luz.

Desde siempre me gustó observar. Observar para luego actuar. Una actividad que en la deconstrucción personal –por medio del psicoanálisis y la reflexión– pude entender como un refugio. Un lugar desde el cual me sentía protegido para poder entender lo que sucedía, contemplar, a veces soportar, y luego habitar. Las situaciones de violencia familiar que viví en la infancia desarrollaron un estado de alerta y observación que con el devenir de la profesión entendí como una herramienta útil para indagar en una investigación. Por otra parte el poder observar con desapego también me resulta algo habitual. Aunque en el caso de la tesis doctoral, se dio un involucramiento emocional muy fuerte que rompió esta zona de confort que construí ante la adversidad para poder seguir adelante.

Me sorprendí en muchas ocasiones lo que me pasaba por el cuerpo cuando salía de una entrevista con un militante. Me sentía enamorado por la coherencia, interpelado por las ideas, seducido por la entrega en la charla y muy agradecido por el desinterés del encuentro. Por lo general, me guardé eso que me pasaba en lo más íntimo, y recién ahora creo que puedo ponerlo en palabras. Este tipo de experiencias me volvieron un poco más humano, con un grado más desarrollado de empatía y con un nivel de respeto superior por la entrega por la política. Pero también, en el fondo, estos encuentros me conectaron con mi esencia y mis valores, y una autoafirmación reflexiva de quien fui, soy y decidiré ser.

Pienso que quizás a alguien le puede pasar esto yendo a ver una obra de teatro que le marque la vida, y a partir de la cual pueda hacer grandes cambios o tomar importantes decisiones, por ejemplo. O con la identificación que logre el personaje central de una serie, que le permita a uno romper la coraza de la autosuficiencia eterna. A mí no me pasó con alguien en particular, pero sí con un puñado de jóvenes que conocí para realizar mi tesis doctoral, y que en mayor o menor medida me provocaron algo, me interpellaron, me hicieron indagarme, me permitieron salir del ambiente mediático, y mi hicieron sentir vivo.

Confieso que jugué al enigmático. Durante todo el proceso hice mínimas referencias sobre mí, y sólo cuando era indagado. Esto obviamente no me cuesta. A los encriptados nos resulta sencillo hablar poco de lo que nos pasa. Pero metodológicamente desarrollé esta estrategia para

intentar suavizar el prejuicio. Estos jóvenes veían a un treinteañero que podían googlear (lo hicieron) y encontrar sus diversas aristas (conductor de radio, profesor universitario, investigador, comunicador cultural, residente en otra ciudad que no era La Plata, homosexual, casado, activo en redes sociales...) y muchas veces ese mapa diverso confundía. Yo quería escuchar, conocer, explorar, para luego analizar y tímidamente llegar a una conclusión que resultaría un aporte en el campo del saber en el que estaba inmiscuido. Pero uno siempre se enfrenta al prejuicio. En realidad pienso que culturalmente uno siempre se codea con los prejuicios, porque son los lentes con los que miramos a nuestro alrededor. Me parece algo casi inevitable. Aún con las mejores intenciones y con la mayor apertura mental ante alguien o algo, se cuele nuestra manera de ver el mundo.

“¿Sos compañero?” o “¿Sos peronista?” fueron dos de las preguntas más frecuentes que escuché en los encuentros. En realidad nunca tuve una tendencia política marcada –aunque nunca me consideré un apolítico– pero respondía cosas extrañas como “En eso estoy”, “No tengo una posición clara”, “Estoy investigando y aprendiendo”. Era una ambigüedad que también despertó el interés por la cooptación. Muchas veces sentí que era invitado a militar constantemente. Aprendí mucho. Hoy, sin filiación partidaria, tengo ideas muy cercanas al peronismo, y respeto enormemente la militancia, aquella verdadera, alejada de las representaciones mediáticas que aún hoy etiquetan y estigmatizan la participación juvenil, quitándole agencia a los sujetos que son el futuro.

## Resignificación

Rosana Guber dice que en el trabajo de campo se da un proceso entre quienes investigamos y quienes se transforman en nuestros informantes. Es un proceso de contrastación, oposición y negociación de repertorios. Esta es una forma divina de definirlo. Eso intento dilucidar con la escritura de este libro. Durante la escritura de la tesis doctoral puse el foco mayormente en los informantes, y en esta reescritura selectiva también lo pongo en mí proceso como sujeto. Lo que quedó. Lo que se fue. La resignificación de mi pasado y la transformación de mi presente.

La tesis doctoral releída como una instancia de superación personal y profesional. No sólo como un logro de titulación y de terminalidad en

las cifras del sistema científico, sino también como un significante que dio respuestas a numerosas inquietudes íntimas sobre quién soy, quién quiero ser, qué sentido tiene hacer lo que hago y a quién le puede servir mi aporte. Indagaciones que llegaron en el proceso de tesis doctoral, y también en la familia y actividades profesionales. Un desarme de la individualidad construida para superar el dolor. Una instancia de reconversión y construcción de un yo ninguneado y separado de lo colectivo por huellas del pasado. Una manera de vivir mejor a partir de la escucha y la identificación emocional con el poder que puede tener la palabra y la acción constructiva por los demás. Las señales de cambios internos y con el entorno que ya se venían dando, fueron agudizados en este proceso profesional. La tesis como chivo expiatorio del yo, y como bocanada de aire fresco para el alma.

## Metodología

Como vine diciendo, mi proceso se condice con el enfoque cualitativo desde el cual realicé la investigación. Prioricé, como bien define Vasilachis de Gialdino (19913) actuar sobre “contextos reales” y procurar acceder a estructuras de significados propias de esos contextos mediante la participación en los mismos.

En la búsqueda de producción de datos descriptivos a partir de la perspectiva del actor y sus prácticas observables jerarquicé el criterio de la etnografía, es decir, la preocupación por captar el significado de las acciones y los sucesos para los propios actores.

Compartiendo la idea que define Sautu (2005) en la investigación procuré una fidelidad a la perspectiva de los actores involucrados en la realidad seleccionada.

El trabajo de campo lo desarrollé desde la perspectiva etnográfica de Guber (2001) y contó con la realización de notas de campo, entrevistas individuales, grupales y observación.

Considero que las entrevistas permitieron la puesta en juego de una relación social donde se obtuvo información sobre los entrevistados-informantes, referida “a la biografía, al sentido de los hechos, a sentimientos, opiniones y emociones, a las normas o standards de acción, y a los valores o conductas ideales” (Guber, 2001: 30).

Realicé entrevistas semi-estructuradas en profundidad, como “forma especial de conversación entre dos personas, dirigida y registrada con el propósito de favorecer la producción de un discurso conversacional continuo y con cierta línea argumental por parte del entrevistado, acerca de un tema de interés definido en el marco de la investigación” (Alonso, 1998: 79).

La observación participante resultó clave en la estrategia para acceder al campo, apoyada en un “marco teórico general que guió la acción” (Vessuri, 1992: 11). Y como expliqué, esto se condice con la puesta en juego del desarrollo de una cierta sensibilidad observacional tanto en el acceso a los grupos de jóvenes, como en la participación en las actividades permitidas, con posibilidad de clarificar los hallazgos a través de controles con algunos de los miembros, por medio de la realización de entrevistas formales y de conversaciones informales, más el registro de notas organizadas y estructuradas que faciliten el desarrollo de una narración explicativa de diversos aspectos de esa cultura (Kawulich, 2005).

En la realización de este libro, se agrega una revisión del contenido de la investigación de mi tesis doctoral, ya sobre resultados reconocidos en el ámbito académico, y profundizo en una revisión personal como investigador. En algunos momentos priorizo el tono personal, y en otros pongo relieve en hallazgos interpretativos de la temática trabajada.

## Recorrido

En este libro presenta una selección de contenidos de la tesis doctoral, contados en un registro experiencial. En el capítulo 1 “Decidirse por la militancia: comenzar, dejar. Trayectorias zigzagueantes” aparecen historias en primera persona de los modos en que los jóvenes se iniciaban en política en el período estudiado. Algo representativo de los modos de habitar la política en Argentina y en diferentes rincones de Latinoamérica. Particularmente, se coloca a la familia en diálogo con experiencias de participación política juvenil.

En el Capítulo 2. “La muerte de Néstor” se analiza la muerte del líder político como acontecimiento, las reacciones políticas de la militancia y el involucramiento de nuevos actores políticos. Las interpretaciones de este apartado reposan en un momento del trabajo de campo que resultó

significativo para comprender la participación política y, sobre todo, el grado de conexión emocional.

En el Capítulo 3. “Entre el territorio y el Estado” se indaga sobre el vínculo entre la militancia en el barrio y en las esferas del Estado, problematizando modos de ver la inserción estatal, el rol del Estado, y la acción juvenil en ambos escenarios.

En el Capítulo 4. “Dos disputas: edad y peronismo” se analizó la participación juvenil en clave etaria, dando cuenta de un modo de ser jóvenes durante el kirchnerismo en disputa con el entramado del sistema político adulto. También presento un análisis sobre los modos de clasificación intra-partidarios con la edad y su incidencia en el trabajo militante de la juventud peronista. Por último, aparecen algunos elementos para comprender como el etiquetamiento externo formó parte de un momento histórico que a la vez que le otorgaba agencia a la juventud, también la condenaba al prejuicio.

## *Decidirse por la militancia: comenzar, dejar. Trayectorias zigzagueantes*

Desde que empecé a conocer militantes pude advertir que el concepto de militancia era un tanto complejo. No sólo no había una única forma de militar, sino que las maneras en las que se entraba y salía de la participación política en las organizaciones resultaba muy disímil. Más allá de describir y analizar los modos de participar, desde un comienzo supe que tenía que dar cuenta de cómo era incorporarse a los agrupamientos políticos y también cómo se dejaba de ser parte de ellos.

Decidí pensar las trayectorias individuales como una posibilidad de describir personas, sus entornos, acciones políticas y formas de ver el mundo. Siempre en un contexto político que habilitaba un tipo de participación política muy activa. Durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner en Argentina los jóvenes tuvieron una oportunidad histórica de ser parte de un movimiento político intenso.

### **La familia peronista**

Les voy a contar sobre Esteban. Fue uno de mis primeros entrevistados en 2012. Llegué a él indagando sobre las familias peronistas de La Plata, aquellas con tradición en militancia. Aquellas que los mismos peronistas respetan por su historia. Por medio de él, este encuentro y diferentes observaciones pude darme cuenta que la familia, así como te condiciona en diferentes momentos de la vida, en la cuestión política también puede ser muy importante.

A fin de cuentas, ¿cómo escapar al “Hijo de...”? En familias donde los padres se destacan por algo (bueno o malo) los hijos e hijas pueden reafirmar esa tradición o rechazarla. Esto corre para todos los aspectos.

Si bien, acá hablamos de la familia como espacio de socialización política, muchas veces la familia puede ser constructora de un modo de ser “hijo de” que cuesta desandar. En mi infancia yo fui tildado de “hijo del borracho” y eso que escuchaba hizo mella en mí durante un tiempo. Un ejemplo de cómo los niños son como esponjas de la crueldad adulta. Pero en el caso de Esteban, había un niño que creció con una valoración de la vida ligada al peronismo y un conjunto de ideas que formaron un cuadro político.

Para él la familia y la política era una asociación natural. Del lado de su papá, la mitad de la familia era peronista y la otra mitad radical, y del lado de la mamá, toda la familia era peronista militante. Incluso Esteban admitía que su mamá continuaba una tradición política que ya venía desde los abuelos maternos quienes vivieron el primer peronismo y, siendo militantes, atravesaron los momentos más difíciles de la historia peronista como fueron los años de proscripción.

Este joven tenía una fuerte identificación con sus padres y abuelos, quienes elaboraron y sostuvieron en el tiempo el relato político, haciendo posible una sedimentación de elementos que constituyeron una identidad política familiar. Me acuerdo que en el encuentro y la charla de verano que compartimos, Esteban recordó muchas escenas familiares que daban cuenta de esto. Me contó que en cada reunión familiar, ya sea un cumpleaños, una fiesta o un asado, siempre se cantaba la marcha peronista. Y que recordaba muy especialmente como sus padres lo acercaron a la lectura, y desde chico era un niño lector que agarraba diarios y leía mucho, y que eso sumado a que en su casa había una biblioteca peronista, fue motivo para que se interesase por leer, y luego por elegir qué comprarse en las librerías.

Su interés por la historia argentina, la de lo popular, Perón, los federales, lo llevaron a leer y tener una formación propia. Esto se combinó con su paso por la Universidad Nacional de La Plata donde estudió abogacía, y con otros textos que estudió en los cursos de formación y charlas que tenía con su grupo de compañeros. Es decir, su familia y su agrupación política enriquecieron sus ideas políticas desde niño, adolescente y en el momento de la entrevista, como un adulto.

Una de las descripciones más encantadoras de Esteban tiene que ver con su argumento sobre las discusiones. En la entrevista me dijo que ser peronista como sus padres no le impedía discutir temas que generacionalmente sentía que los distanciaban, como por ejemplo el aborto,

donde él tenía su postura clara a favor de la legalización y sus padres no tanto. De todos modos, esa discusión por las cosas que considera justas se dio desde que era chico. Discutir y pelear por una idea que consideraba justa fue decantando en una militancia.

Entre las situaciones que recordó acerca de cómo se inició su interés por la política, apareció el recuerdo de un test vocacional que realizó antes de empezar a estudiar abogacía, en donde la psicóloga le dijo que en realidad más que abogacía le interesaba la política. En ese momento de la entrevista Esteban se detuvo en su propio recorrido. Me acuerdo que tomó un poco de Coca del vaso, y se rió mucho. Después, como hilvanando su pasado, me dijo que se dio cuenta que ese fue el momento donde pensó la carrera de abogacía como una respuesta para dar la pelea por la injusticia, pero también como una herramienta para la lucha.

En ese camino, se recibió de abogado y trabajó de su profesión en combinación con la militancia, movilizado por aquellas cosas que lo convocaban a no quedarse callado con los casos de injusticia. En ese encuentro me contó que su cotidianeidad combinaba la profesión de abogado, con una militancia territorial donde realizaba, junto con su grupo de compañeros (también abogados y peronistas) un asesoramiento jurídico gratuito entre los vecinos de dos barrios platenses, Ringuelet y El Churrasco. Esa era una actividad que lo unía y los convocaba dos veces a la semana, aunque también los fines de semana complementaban con alguna actividad de intervención barrial, como limpiar una plaza o levantar un comedor para los pibes. Muchas veces, se encargaban de gestionar encuentros culturales con los chicos del barrio y hacían una murga, que descontracturaba las tareas más duras.

Mientras Esteban me contaba cosas, yo lo escuchaba y asentía, tenía la tranquilidad de que el audio quedaba registrado en el grabador, pero quería hacer eterno ese momento, porque algo me decía que era un caso entre miles, y que su pasión por las palabras que elegía para decirme las cosas daba cuenta de un tipazo. En un momento tocaron la puerta y me pidió permiso para atender. Obvio que le dije que sí. Debo confesar que me llegó muy adentro lo que pasó. Eran unos chicos del barrio que pasaban a pedir habitualmente, y al ver que eran ellos, abrió una alacena y tenía preparada una bolsa con alimentos no perecederos. Me contó que siempre pasaban y trataban —él y su familia— de colaborar con lo que podían, pero destacando la importancia de alimentos como fideos o arroz, que servían de base para un guiso.

Mientras él me contaba, a mí se me venía el recuerdo de mi niñez y mi abuela o madre haciendo un guiso con casi nada de carne –pero con mucho amor– para llenar la mesa. También me acordé de algunas meriendas donde lo que acompañaba al té –hecho con un saquito para varias tazas– era algo que mi abuela se encargó de venderme como una exquisitez: el pan con aceite y sal. Una flautita cortada al medio con un chorrito de aceite y un poco de sal ¡y listo! Qué feliz que era con eso. Si el pan era del día anterior, mejor, porque se podía tostar y quedaba más rico. Y si había facturas oreadas, era también una buena opción, siempre divididas en dos para compartir con mis hermanos. De más grande supe que la panadera del barrio regalaba las facturas de días anteriores y las llamaba oreadas, porque ya no se podían vender.

En esa primera entrevista me di cuenta que la manera de pensar de ese pibe hermoso estaba muy vinculada con cosas que me tocaban de cerca y nunca había indagado. Comprendí que no sólo la temática de la política y el peronismo respondían a un interés académico, sino que estaba atravesado por una parte de mí hasta el momento invisibilizada que quería manifestarse. Por supuesto no lo comprendí en ese momento, de una, pero fue tomando forma con todo el trabajo de campo.

Si la familia acompañó a Esteban en ese proceso identitario de reafirmación peronista, en el otro extremo se encuentra el caso de Verónica, de quienes les voy a contar ahora. Creo que en ellos dos hay una importante síntesis de lo que fue la participación juvenil peronista durante el kirchnerismo, un refuerzo de la tradición y una lluvia de corazones nuevos interpelados por el presente.

## **La familia en contra**

Cuando me junté en un bar a entrevistarla, Verónica acababa de cumplir 21 años. Apenas nos juntamos, referenciados por un conocido en común, hubo tanta química que charlamos como dos horas en las que el tiempo pasó volando. Yo había elegido el caso porque era joven, residente en La Plata, pero oriunda de la Provincia de Buenos Aires, y porque militaba en La Cámpora, y quería multiplicidad de voces. Sin embargo, la cuestión familiar fue la clave del encuentro.

Apenas le pregunté como estaba, me dijo que bien, aunque enfatizó en la palabra rechazada. Ella vivía en La Plata, pero sus padres (princi-

palmente su papá) no le hablaban más porque participaba en política. No era sólo que formaba parte de La Cámpora –agrupación etiquetada negativamente por lo medios– sino que el solo hecho de militar era rechazado. En su familia operaba el “no te metás”.

Su comienzo en la militancia estuvo marcado por la disolución la aparición de La Cámpora en la ciudad de Pehuajó. Uno de sus primos participaba políticamente en esa ciudad y la invitó a una charla sobre la historia argentina que hacía su organización política. Me contó con entusiasmo que le gustó el grupo de gente que había, que eran todos chicos del barrio como ella, y que se pudo debatir sobre diversos temas históricos con mucho respeto. En una segunda charla, ya denominado “Encuentro de formación” se debatieron ideas sobre la inflación y la privatización de YPF en los años noventa. Ella elige ese momento para identificar el inicio de su militancia. Ya después viajó a La Plata para estudiar y trasladó a esa ciudad su participación política.

El interés de Verónica por la política también presentaba un dolor que no ocultaba, el de la incompreensión familiar. El episodio que eligió contar remite a una visita que realizó a su ciudad de origen, Pehuajó, en uno más de tantos viajes para ver a la familia, aunque en esa ocasión se desencadenó el conflicto familiar. Me contó que había decidido ir desde Pehuajó con unas compañeras al festejo del 25 de Mayo en Plaza de Mayo, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ni su abuela ni su papá aprobaban la idea, pero ese día fue su mamá quien reaccionó muy mal y le reprochó para qué iba a visitarlos si después los dejaba solos para irse con un grupo de desconocidos a un acto riesgoso. La mamá le dijo que tenía miedo que ella participe de política porque le podía pasar algo. Esa fue una discusión pero ella siguió con su plan de ir al acto del 25 de mayo.

Días después el papá de Verónica le escribió un mensaje de texto en el celular diciéndole que no se le ocurra ir a visitarlo porque se sentía muy dolido por tener una hija que participara políticamente para La Cámpora y que nunca lo iba a entender. Fue bastante emotivo el relato, y ella me admitió que en su respuesta la recordaba de memoria. Le puso: “Antes de ser antikirchnerista sos mi papá. Pero si no me querés ver, todo bien”.

Esta situación familiar tuvo repercusión no sólo en la relación con sus padres, ya que al regresar a La Plata estuvo varios meses sin contacto directo con ellos, sino también en su economía, porque dejaron de pasarle dinero para poder seguir alquilando en La Plata. Costeó sus es-

tudios con un trabajo precario y la ayuda de un tío que vivía en La Plata y, fundamentalmente, la entendía y respetaba.

La familia puede ser lo mejor o lo peor. En este caso, siempre pensé que sus padres se iban a arrepentir, pero por lo que supe después la situación siguió tensa por un tiempo. Lo que más valoré de ese encuentro fue la honestidad y la apertura de Verónica. También su historia me hizo pensar en lo difícil que es a veces lidiar con la incomprensión familiar, y también en lo saludable que resulta poder escapar de esas lógicas carcelarias que los adultos ponen a sus hijos pensando que les hacen un bien.

## **La familia con miedo**

Ahora presento a Inés. Este caso coincide con el de Verónica en la nula tradición familiar en la política, pero presenta otras características. En el momento de la entrevista ella tenía 22 años, militaba en La C mpera, estudiaba en la universidad y era asistente de una representante del Senado de la Provincia de Buenos Aires. El inicio de Inés en la política se había dado por confluencia de varios factores.

Oriunda de Col n, vivía temporalmente en La Plata, y visitaba regularmente a su mamá y una hermana chiquita, su familia. Me contó que al principio tuvo que mentirle a su mamá acerca de su participación en La C mpera porque a ella le daba miedo que su hija participase en la vida política. El relato reprodujo los miedos de su madre, que por lo general entendía la política sólo a través de lo que se decía en los medios de comunicación, y su madre sentía que le podía pasar algo feo.

Sin embargo, Inés me dijo que estudiar comunicación le abrió la cabeza y empezó a notar que pasaban cosas que no se mostraban en la TV y que despertaron su interés por lo político. Una de las anécdotas que me quedó grabada de nuestro primer encuentro tuvo que ver con un viaje que tuvo a su ciudad natal. En el 2008 se volvía a Col n un fin de semana y estaba pensando que acerca de lo que le costaba a su mamá mantenerlas a ella y su hermana más chica. Esa reflexión se daba en medio del conflicto del campo, y su mamá no tenía donde comprarle leche a su hermana por todos los supermercados estaban vacíos porque no llegaba la mercadería. Pasando por la ruta, casi al llegar a Col n, vio como la gente de campo tiraba la leche al borde de la ruta en signo de

protesta con el gobierno, y hacían asado y se reían. Me dijo que encima el micro se detuvo porque cortaban la ruta y se fijó un largo rato en eso, y como la gente que protestaba no tenía signos de pobreza evidentes<sup>2</sup>.

A partir de ese episodio, Inés empezó a informarse más sobre el conflicto mencionado, qué era lo que se pretendía del gobierno, qué era lo que buscaban los productores del campo, y notó que muchas cosas que pasaban no se transmitían en la televisión, como por ejemplo, la situación vivida yendo a Colón y viendo leche derramada cuando su hermanita no tenía para alimentarse. Realmente fue impactante el relato, sobre todo me costó ponerme en su lugar durante las cinco horas que estuvo demorado el micro en la ruta por el corte de los ruralistas comiendo asado. Me dio bronca que haya tenido que pasar por eso.

Con el paso del tiempo, Inés se fue animando a charlar más con su mamá y describió que esas mentiras por teléfono acerca de cómo invertía su tiempo en la facultad se fueron transformando en verdades cuando pudo decirle que participaba en política. Contó que su mamá pasó del miedo y la frialdad a la aprobación por su deseo de hacer política<sup>3</sup>.

---

2. En Argentina se produjo en 2008 un paro agropecuario, lock out y bloqueo de rutas en un extenso conflicto de 129 días en el cual cuatro organizaciones del sector empresario de la producción agro-ganadera (CONINAGRO, Federación Agraria Argentina, Sociedad Rural Argentina y Confederaciones Rurales Argentinas) tomaron medidas de acción directa contra la Resolución n° 125/2008 del Ministerio de Economía durante la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner que establecía un sistema móvil para las retenciones impositivas a la soja, el trigo y el maíz.

3. Los relatos persistentes acerca del miedo frente a la participación en política de los jóvenes como, por ejemplo, una frase de uso cotidiano para referirse al vínculo personal con la política, el “no te metas”. Esta imagen funcionaba como metáfora del vínculo con la política y persiste no sólo para explicar parte del sector juvenil sino también a vastos sectores de la población. Este hallazgo se vinculó con un trabajo previo en el cual, junto a Chaves y Galimberti hemos identificado al menos cuatro sentidos del “no te metas”: 1. *La vigencia del “no te metas, es peligroso”*. El miedo vinculado a la certeza de la ligazón entre participación política, ocupación de la esfera pública y muerte; 2. *La vigencia del “no te metas, no sirve para nada”* donde la política se vincula a lo feo, sucio y malo. Con la corrupción del Estado y la mercantilización de la política; 3. *El resquebrajamiento del “no te metas”* (desde fines 2001 a 2010): “ya nos quedamos en casa, y mirá a dónde fuimos a parar, ahora hay que salir a la calle” (hace referencia a los acontecimientos de 2001), “ya hicimos lo que había que hacer, no meterse, y se comprobó que no meterse no da resultado, ahora metámonos dijimos”; 4. *La superación del “no te metas”*: la vuelta de la política como interpelación. “Cuando la juventud se pone en marcha el cambio es inevitable” resul-

Paralelamente en uno de esos viajes, se cruzó con una senadora que la invitó a participar en política en los tiempos que ella pudiese. Le dijo que, cuando quisiera, podía sumarse a los viajes que ella y su equipo venían haciendo. Inés, con un dejo de inocencia, me dijo que lo que más le llamó la atención fue que la senadora trabajada desde las 9 de la mañana hasta las 10 de la noche. Y que eso le dio una pauta de lo que significaba en carga horaria una actividad hasta el momento desconocida para ella, y representaba que era un trabajo “serio”.

La clave identificatoria entre la militante y la senadora fue el compromiso, expresado en parte en las horas dedicadas a la actividad parlamentaria, pero también al sostenimiento de una actividad de militancia territorial que la representante llevaba a cabo. A Inés le gustó que su jefa sea una senadora que, a pesar de todo el tiempo que eso implicaba en lo cotidiano, siempre haya seguido con la militancia en los barrios, ya que interpretaba que la decisión de apoyar o no una ley, debía tener relación con la observación de eso que ocurría con la gente.

## Zigzag y emociones

Unas de las cuestiones que poco leí en los trabajos sobre la participación juvenil en la política, son aquellas experiencias incompletas, interrumpidas, cambiantes para con la política. Aquellas trayectorias un tanto zigzagueantes. En mi estudio vi mucho de eso y elegí contarles una escena muy gráfica.

En una experiencia de campo en un barrio periférico platense, compartí un viaje en camioneta con Sebastián, un referente del Movimiento Evita, que me enseñó mucho sobre el día a día de la militancia entre los jóvenes y su grado de compromiso. Fue algo representativo de las diferentes observaciones realizadas a lo largo de todo el trabajo de campo. Ya finalizado el encuentro de referentes barriales al que había podido acceder, y de regreso al centro de la ciudad en la camioneta, se dieron dos situaciones que me llevarían a reflexionar sobre los sentidos que circulan en la dinámica de adhesión a la militancia. Por un lado, presencié

---

to un slogan para la emergencia y consolidación de la visibilidad pública de la participación y acción política juvenil en la esfera pública. (Chaves, Galimberti y Mutuverría, 2016: 53).

una narración acerca de una trayectoria intermitente en la militancia y por otro, un relato de una situación de baja.

En el viaje habíamos pasado a buscar a Emi, una joven sanjuanina residente en La Plata que se ocupaba de temas vinculados a la salud dentro de la agrupación. Contó sus acciones políticas zigzagueantes de los últimos meses, donde había militado en una agrupación en la ciudad de La Plata, luego había regresado a su tierra natal, pero al poco tiempo nuevamente había vuelto a la capital de la Provincia de Buenos Aires, porque, según percibió, el modo de hacer política de esta ciudad la hacía sentir más cómoda.

En los últimos meses su recorrido había sido parte de una intermitencia entre agrupamientos y acciones de militancia. Me acuerdo que cuando se bajó del vehículo, sin que yo le pregunte nada, el referente pasó a describirla como una militante que había dejado colgados a un montón de compañeros de un día para otro. Resultaba que las intermitencias de Emi fueron repentinas, y que se había ido sin avisar a nadie de la agrupación de un momento para el otro, y que ninguno de los referentes sabía a dónde estaba. Enérgicamente me contó que después de unos meses, ella había vuelto de repente, y no había retomado sus actividades en los lugares donde había estado meses atrás, dejando cosas inconclusas, sino que se había interesado en otras actividades nuevas.

Sin ahondar en preguntas, pude percibir que esas intermitencias en las prácticas políticas de la militante contribuían a erosionar las relaciones interpersonales dentro de la organización, y que seguramente era una acción que mellaba el intento por ejecutar políticas a largo plazo dentro del colectivo militante en los territorios. De todos modos, Sebastián me decía que esa intermitencia aparecía como un rasgo común en gran parte de la militancia juvenil.

Minutos más tarde, como fotografía de un momento de finalización de aquella jornada política, ocurrió que en la espera de uno de los semáforos de regreso, cuando Sebastián se detuvo particularmente en una charla de whatsapp. En medio del silencio, algo sonaba a medida que eran varios los párrafos escritos que aparecían en la pantalla del celular. Sin preguntar, mi presencia canalizó un desahogo del militante. De repente, percibí que había pasado algo grave, porque su cara se transformó y para mi sorpresa, tenía una mirada triste y cansada. Recuerdo ese momento con un exceso de empatía que me partió el alma ¿Qué había pasado?

Entonces Sebastián me empezó a contar que justo en ese momento una compañera que estaba militando en otro barrio –en el que él estaba trabajando desde hacía varios meses– estaba decidiendo abrirse y dejaba la política. Esa declaración fraccionada en oraciones que aparecían en la pantalla del celular pertenecía a una militante que tenía 23 años, estaba casada, tenía un hijo, y era muy activa en su participación. En su descripción, la joven era una militante valiosa que en esa tarea de ponerle el cuerpo a la política, de pronto tuvo un punto de fuga, y decidía correrse a un lado, y se bajaba.

El rostro cansado de Sebastián, que en lo personal lo veía por primera vez con signos de frustración, coincidía con su relato de hastío, cuando empezó a leerme el mensaje desde el celular, a través del cual la joven le explicaba que, si bien le gustaba mucho lo que había hecho, implicaba mucho tiempo, y que eso le había causado una acusación de desapego de su propio marido, que no la entendía del todo. La joven decía que para no tener problemas en la familia había decidido, aunque con dolor, apartarse de la actividad que compartían en su barrio.

Esta situación me marcó y me interpeló como investigador. Después de una jornada que me había acercado numerosas inquietudes acerca de la organización y la práctica militante, no pude más que mostrarme sorprendido y en silencio, dando lugar a que Sebastián pudiese decirme más cosas, o quizás simplemente desahogarse. Independientemente de respetar una metodología de estudio, sentí que estaba dando lugar a su emoción, en tanto había una transferencia constituida, algo de todo lo valioso que ese militante me había habilitado para poder acceder a las reuniones de la agrupación y a otras instancias de participación. Fue un momento de comunión.

Cuando estaba ya por bajarme de la camioneta, Sebastián me dijo que este tipo de situaciones pasaban muy seguido, y que él lo sentía como una frustración en lo personal, y le costaba sobrellevarlo. Y agregó algo que puso de relieve la importancia que tenía para los militantes: la recepción de su rol político en la propia familia. Aparentemente, este era otro caso de incompreensión, donde una militante se apartaba de su lucha política por no ser entendida en su seno familiar, en este caso por su marido. Sebastián me contó que muchas veces los familiares, novios o maridos no entendían a sus compañeras, o no les importaba, y sólo veían que ocupan parte de su cotidianeidad en la militancia, a lo que llamaban perder el tiempo.

Su relato encarnó un tema de conversación frecuente entre quienes militaban, que era el de sentirse cuestionados por la propia familia –y a veces los amigos– quienes consideraban que el tiempo ya no era de ellos, sino de la organización que les iba imponiendo una cantidad creciente de horas de trabajo. En su convencimiento por la militancia, el modo de procesar las incomprensiones del entorno tenía que ver con sujetarlo a las pulsiones individualistas desde las cuales se pronunciaban esas frases de rechazo. Las propias ideas de quienes no entendían la lógica política eran, para él, las que le daban forma a sus relatos enmarcados en lo individual.

Esa jornada resultó muy importante para mi trabajo por entender esas trayectorias políticas intermitentes y que las frecuentes bajas de los militantes valiosos también representaban parte de una cotidianeidad en la práctica política, que implicaba gestionar muchas veces a corto plazo y con la sensación recurrente de grandes pérdidas. Además, cómo estas cuestiones afectaban las emociones y qué recursos aparecían para procesar las dificultades. Ante las bajas o los cuestionamientos que se realizaban en el entorno sobre la práctica política, todas esas dificultades se colocaban en un lugar concreto, el del otro individualista, como contracara de su propia acción política.

Se trata de la inversión emocional en la práctica política. Calhoun (2001) postuló que por lo general consideramos a las emociones como lo contrario a la cognición, interrupciones en procesos organizacionales, desafío a las instituciones estables. Y sugirió que las instituciones, las organizaciones y relaciones obtienen su estabilidad relativa, en parte, de las inversiones emocionales de las personas en ellas. En otras palabras, para este autor tenemos enormes inversiones emocionales en el *statu quo* cotidiano. Puede parecer que somos relativamente poco emocionales mientras realizamos nuestras tareas, pero ellas penetran la estructura social en la que trabajamos, y allí nuestras inversiones emocionales se vuelven evidentes.

Siguiendo esta idea, las emociones de los militantes que elegí presentar en estas páginas operan, al menos, en dos sentidos: por un lado, le otorgaban una estabilidad relativa a los espacios de pertenencia, como la organización política; y por otro, configuraban los vínculos –a veces fuertes y sostenidos en el tiempo– con los otros sujetos aglutinados en su espacio político.

A partir de estas ideas es posible comprender que en las familias con tradición política, como la de Esteban, existen emociones compartidas intrafamiliares con una tradición en el tiempo; en el caso de Verónica las emociones están vehiculizadas a la estabilidad en la organización, y el rechazo familiar lo que logró fue vehiculizar aún más las energías al espacio de pertenencia que sí la aceptaban. Y en el caso de Sebastián, el enojo y tristeza que provocaban las intermitencias en la práctica política de sus compañeros o la desazón por las bajas de otros militantes eran reinterpretadas de acuerdo a su reflexión del uso del tiempo y por considerar a la política como prioridad.

## CAPÍTULO 2

### *La muerte de Néstor*

El 29 de octubre de 2010 me desperté pensando que era feriado, y que por lo tanto iba a ser un día tranquilo. Me preparé un mate de desayuno y al prender la tele, me enteré que murió Néstor Kirchner. Justo estaba puesto el canal TN. Inmediatamente me percaté del tono amistoso de los periodistas que, horas atrás, lo demonizaban. Sentí dolor. Hice zapping. Todos los canales con lo mismo. Me quedé escuchando la televisión, mientras revisaba portales de noticias. Me angustié. Sentía que si bien no era —en ese momento— de orientación peronista, que el país había tenido muchos avances con un líder político así, y sentía simpatía con su proyecto.

Pasaron varias horas y continuaba con ese estado de shock. Cuando la tele empezó a mostrar imágenes de que había gente que se acercaba a la Casa Rosada, sentí que yo tenía que ir a ver qué pasaba. Bajé del departamento (en ese momento vivía en Balvanera) y empecé a caminar por Avenida Rivadavia hacia la plaza. Muchos amigos me escribieron. No todos eran apasionados por la política, pero estaban en shock. Apagué el celular en un acto casi desafiante contra la inmediatez, y quise observar lo que pasaba conmigo mismo. No grabé. No hice nada más que estar caminando, dando vueltas y viendo lo que pasaba... Era casi como formar parte de algo, sin ser percibido. El escenario en los alrededores de la Casa Rosada mostraba ciudadanos de diferentes lugares del país. Vi porteños. También a una señora con una bandera de Argentina que lloraba y hablaba con tonada cordobesa. Y cuando veía grupos de pibes, me acercaba. Había mucho llanto y caras de sorpresa y desazón. Vi tres chicas que tendrían veinte años y nos pusimos a hablar. Ellas eran de Balvanera, y habían querido ir a “despedir a Néstor”.

Me di cuenta, a medida que pasaban las horas, de que eso le había pasado a mucha gente. Vi a un pibe que lloraba desconsoladamente,

sentado en el cordón de la vereda, y que se tapaba la cara con la remera que tenía puesta. Al lado estaba su amiga o su novia, que le pasaba la mano por la espalda, con gesto de comprensión. Sentí que nunca había visto eso. Ni siquiera en el velorio de Raúl Alfonsín, al que había ido en 2009 al Congreso de la Nación.

En el tercer día de luto nacional, se llevaba a cabo el velatorio de Néstor Kirchner en la Casa Rosada. Volví. Vi mucha gente. Había militantes kirchneristas, y de diferentes expresiones políticas internas del peronismo. Vi banderas con frases políticas y algunas remeras que parecían confeccionadas caseramente donde se leía la letra K. También vi mucha gente que fue sin banderas, ni remeras con orientaciones políticas. Algunos jóvenes acercaban flores y las dejaban en la reja de la Casa Rosada. Muchos simplemente caminaban en silencio y se observaban entre sí. Otros lloraban. Otros se abrazaban y se miraban, como si con la mirada se dieran fuerza entre sí.

Había una multitud que formaba largas colas en silencio para poder acceder al funeral del ex presidente a través de la entrada de la calle Balcarce al 50. El procedimiento, una vez dentro de la Casa de Gobierno, implicaba caminar lentamente sin dejar de formar una fila, y permitía que al pasar cerca del féretro, cada persona podía acercarse por unos breves segundos, y darle las condolencias a Cristina Kirchner, quien estaba parada al lado de su marido muerto y agradecía las muestras de dolor y afecto. Me llamó la atención la presencia continua de Cristina en esa posición, poniendo el cuerpo, y siendo, a la par del féretro, el centro de la atención de quienes iban a expresarse y a dar fuerzas.

La mayoría de los jóvenes que pasaron por allí gritaban diferentes frases. Escuché: “Vamos Néstor”, “Fuerza Cristina”, “Estamos de pie junto a vos”, “Gracias Néstor”, “Néstor vive en nuestros corazones”, “Que el alma de Néstor sea un emblema para la justicia en Argentina”. Y me quedó grabada una frase que luego pasaría a ser parte de los cánticos de la militancia en otras observaciones del trabajo de campo: “Néstor no se murió”. También vi unas pancartas improvisadas que decían “Néstor con Perón. El pueblo con Cristina”. La disposición para poder rendir homenaje al ex presidente, contaba con un espacio y tiempo precisos, y con implícitos códigos que fueron respetados. Se entraba, se saludaba, nadie podía detenerse mucho tiempo. Había silencio. A veces permiso para gritar y desahogarse. Algunos pudieron abrazar a la presidenta. Hubo gestos de condolencias y mucho respeto.

Di varias vueltas a la Casa Rosada. Más allá de los militantes que sentían la necesidad de estar ahí, observé que había algunos curiosos que no se acercaban a la multitud, que estaba compenetrada en dar su “presente” y despedirse de un líder político, sino que preferían observar, sacar alguna foto, y seguir con sus rutinas.

La autora mexicana Rosana Reguillo (2012, 2005) me ayudó a interpretar la muerte de Néstor Kirchner como un verdadero acontecimiento. Es decir, un evento que generó su propio marco espacio-temporal, un proceso en el cual entraron en conflicto y en diálogo las categorías con las cuales se piensa al mundo. Se trató de un acontecimiento con el foco puesto en el “durante” como proceso abierto, indeterminado y de lucha en el que participaron diversos y desiguales actores sociales, se involucraron distintas esferas y escalas de la vida social, y nos permitieron conocer los supuestos habitualmente implícitos que regulan los usos de la ciudad.

Ese día 27 de octubre del año 2010, se produjo un acontecimiento irruptivo que, más allá de su magnitud (que no fue un dato menor), cristalizó como un insumo fundamental para pensar y repensar, a través de la muerte de un líder político, la vida de los militantes. Muchas reflexiones a partir de este hecho, se vieron manifestadas en las entrevistas que realicé en mi trabajo de campo, años después. Este acontecimiento significó en algunos casos un quiebre en su vida política, y en otros una iniciación en la práctica militante. La mayoría de los entrevistados nombraron el tránsito por esa experiencia como un antes y un después en su vida política.

## Quedarse

En el “durante” del acontecimiento de la muerte del ex presidente argentino muchos militantes reafirmaron su participación política en las organizaciones peronistas. El hecho significó un momento de fuerte cohesión, primero bajo la forma de la tristeza, por la inesperada muerte, y luego, por medio de la alegría y la esperanza

Esa experiencia, años después, aún contendría una profunda emoción. Recuerdo que en la entrevista con Esteban, casi tres años después de la muerte de Néstor, eso se notó. En el medio del relato sobre la vida familiar y la práctica política, en un momento –que lo sentí como muy

íntimo— el militante abrió su corazón y se emocionó al hablar del tema. Me dijo que el fallecimiento de Néstor había sido algo tremendo, una sacudida. Él estaba preparado para ser censista ese día, y al enterarse de la noticia, no lo podía creer y suspendió todo. En ese recuerdo, su mirada estaba fija en la mesa, como en situación de confesión o en un consultorio psicológico, contaba reviviendo un dolor fuerte.

Esteban se reunió con su familia y otros amigos militantes y decidieron ir a la Casa Rosada. Estuvo los tres días de duelo y me contó —algo contento— que entró a la Rosada tres veces, y que en la última ocasión pudo ver a Cristina.

¡Hablame de emoción y pasión por el peronismo! Este militante estaba hecho un flan en el momento del relato, y creo que fue una de las cosas que más me sensibilizó en estos años. En un momento, sentí ganas de salir de mi rol de sujeto quieto y distante, pararme, bordear la mesa e ir a darle un abrazo, pero claro que mi rol científico pudo más y no hice nada más que quedarme quieto y sin gesto, cual terapeuta. También entendí después que eso me permitió que hable más, me cuente todo y que no haya sentido que una intervención mía podía desviarlo de tema.

Esteban acompañó el cajón en ese día que fue de una tristeza tremenda. Sin embargo, me contó algo muy valioso también. Esa tristeza que unía a los militantes, poco a poco, con el devenir de los días, se fue transformando en algo nuevo. Así como al principio la desazón fue mucha, luego ese sentimiento se fue transformando en esperanza, y también en un poco en alegría por ver todo lo que se había generado.

Ese relato sobre la muerte de Kirchner, con silencios y momentos de congoja, revivió una marca de la militancia personal de este joven (y la de su agrupación). Para ellos, Néstor Kirchner se convirtió en parte “durante” el acontecimiento de su muerte, en un líder político capaz de reafirmar su militancia.

La dimensión que se le otorgó a la muerte de Néstor fue más allá de lo que implicó un funeral con características multitudinarias. Se trató de una profunda reconfiguración de los sentidos por la militancia. En muchos casos, como el de Esteban, se trató de una renovación de fuerzas para su participación política, lo cual significó dedicarse aún más a militar por el proyecto político.

En esa reafirmación, Esteban enmarcó este hecho en la historia del peronismo, conectando esta muerte, y lo que produjo, con las vividas por su familia en otros momentos del país: las muertes de Eva Duarte

y la de Juan Perón. Me dijo que en el funeral de Néstor había entendido por primera vez lo que habían sentido sus abuelos cuando murió Eva y en el momento de la muerte de Perón. Él no podía creer que estuviese llorando por alguien que, en verdad, no conocía, pero aún así estuvo tres días llorando.

En la reafirmación por la participación política, el acontecimiento de la muerte de Kirchner también significó para Esteban un momento de “madurez” para el kirchnerismo, ya que, según me contó, algunos referentes conocidos que en el 2009 estaban como medio dudando de seguir en la militancia por algunas decepciones en la práctica cotidiana y la coyuntura del momento político, reforzaron sus energías y optaron por quedarse, y además, intensificar su dedicación a la militancia.

Resulta importante recordar que en el momento político en el que falleció el ex presidente Néstor Kirchner, el gobierno atravesaba un momento de cierto debilitamiento en la esfera pública, debido a las repercusiones de la crisis internacional en la economía, el resultado adverso en las elecciones legislativas de 2009 y la valoración que tenía la gestión en cierta parte de la opinión mediática. La muerte de Kirchner y la repercusión que generó su funeral en la sociedad resignificaron el sentido de sus años en la política y de la política para algunos sectores de la población.

Particularmente para muchos jóvenes militantes ese acontecimiento determinó un momento que atravesaron en comunidad, primero, ante el shock de lo inesperado y la pulsión de la muerte, con mucho dolor y desazón; y luego con la reivindicación del líder político, con mucha alegría, y la esperanza de continuidad de un proyecto político.

## Meterse

La muerte de Kirchner también puede ser interpretada como una iniciación para aquellos que, a partir de ese hecho en particular, decidieron involucrarse en la vida política. Es decir, el funeral de Néstor Kirchner pensado como uno de esos eventos rituales que une a lo colectivo en el sentimiento, y por el cual se gesta un *communitas*, o un ámbito de vida en común, en este caso en relación al sentido de la política.

Les voy a contar mi encuentro con Emiliano, para pensar esto que planteo. Llegué a él por medio de una recomendación de otra entrevista-

tada en 2014. En este caso, me citó en su lugar de trabajo, una oficina céntrica platense, donde se desempeñaba como abogado. Según pude percibir, su perfil era un poco más impostado que el de otros militantes. Durante todo el encuentro primó su profesión y una terminología técnica que tuvo unas pocas fisuras, en algunos momentos donde mis preguntas eran muy amplias, y sobre todo cuando saqué el tema de la muerte del ex presidente Kirchner.

Con 34 años y perteneciente a La Cámpora, me contó que tanto él como su pareja empezaron a militar a partir de la muerte de Néstor. Creo que Emiliano y su novia fueron una de esas “mil flores que nacieron” a partir de esa muerte. Eran ejemplos de las remeras que llevaran esa frase como liturgia del peronismo por esos años.

Ellos no militaban, y con este hecho se plantearon seriamente empezar a acercarse a una organización, o directamente formar una que apoyara al kirchnerismo. En su relato, me contó que decidieron viajar a una reunión de La Cámpora en Ciudad de Buenos Aires, cuando en La Plata no se había formado esa agrupación todavía. Más tarde, le llegó una invitación por medio de un compañero para formar parte de otra agrupación que se estaba armando en La Plata, y con esa convocatoria comenzó un recorrido en una agrupación. Es claro que su interés por la política existía previamente como “apoyo al proyecto político”, pero la muerte de Néstor generó una chispa.

Emiliano me dijo que con la muerte de Néstor tuvo la sensación de que el gobierno se podía caer. Y que si se caña se podía volver a los noventa. Recuerdo patente sus palabras, que aún resuenan en el presente de este libro. Me decía vehementemente que volver para atrás implicara regresar a toda esa época de gente muriéndose de hambre, donde realmente se la pasaba mal, con mayor desocupación y desamparo social.

Para él y su novia había que reconocer todo lo que se había avanzado, y les “cayó la ficha” de que había que meterse para participar. Había que defender todo lo que se había hecho. No podía quedar así. Había que salir a defenderlo y salir a apoyar esto porque no bastaba solamente con el voto, se necesitaba una lucha importante.

El militante admitió que tenía un prejuicio de la Juventud Peronista, el Partido Justicialista y la idea de los viejos políticos que participaron en el menemismo, y que eso los limitaba un poco. Ni siquiera venía de una familia política. Sin embargo, a pesar de todo eso, la muerte de

Néstor les movió algo por dentro a él y su novia. Y esa primera reunión en CABA, grabada en su memoria, luego se transformaría en muchas otras más en la ciudad de La Plata.

Creo que una de las riquezas de mi trabajo de campo fue la diversidad de historias, encuentros y miradas sobre la militancia peronista. Por eso traigo acá el caso de Romina, que es bien distinto al de Emiliano. Mientras él era un profesional crítico del PJ que ahora participaba a partir de la muerte de Néstor, ella apenas empezaba en sus 17 a “ver qué onda”.

El encuentro con Romina fue en el bufet de una facultad de la Universidad Nacional de La Plata. Para ella ese era su espacio de sociabilización con sus compañeros, y según pude saber después, como vivía muy lejos del centro —en la periferia platense— sentía que a todos les quedaba muy lejos su barrio. Como parte de mi trabajo de campo, tiempo después pude acceder a su barrio, y noté que la militante sentía vergüenza por su origen pobre. Pensé que era absolutamente innecesario, pero a la vez la entendí vinculando el sentimiento que yo mismo tenía a su edad, viviendo en un barrio humilde, frente a otros que ostentaban su pertenencia a la clase media. Cierta inseguridad de clase que, con el correr del tiempo y la formación, serían historia en mí, y —por lo que supe después— en ella también. Esta conexión emocional fue importante y contribuyó a una mejor comprensión de sus prácticas y sentidos que orientaban su participación política.

Romina tenía 17 años, pertenecía al Movimiento Evita, y se definía como referente territorial y militante universitaria. Hacía pocos días que cursaba sus estudios universitarios y tenía una actitud muy fresca frente a la política. En su trayectoria política familiar, la muerte de Néstor aparecía como un elemento disruptivo.

Según me contó, fue ella quien, a sus 12 años, vio la publicación en internet y dio la noticia en su casa sobre la muerte del ex presidente. Primero pensaban que era una broma y no le creían, hasta que prendieron la tele y vieron que la noticia era cierta. Su recuerdo tenía un sinsabor, porque ella al ser tan chica no pudo ir a despedir a Néstor a CABA. Si recordaba que su hermana tenía gripe en ese momento, y automáticamente se levantó, se puso una camperita, agarró un poquito de plata y se fue a Capital a despedirlo. La hermana había alcanzado a ver el féretro de Néstor.

Romina me aseguró en esta primera entrevista que ese día supo que quería militar. Entonces, como una decisión firme, se empezó a inte-

resar por la actualidad. Me contó que comenzó a informarse más sobre la política, sobre la Ley de Medios, sobre lo que había pasado con los desaparecidos, entre otros temas. La edad no le permitía participar de una organización porque sus padres no la dejaban. Se confirmaba con cantar las canciones que su hermana le ensañaba. Pero unos años más tarde, ya quería empezar a militar.

En esa reunión de entrevista, el rostro de Romina era luz. Recuerdo que se mostraba muy feliz con estos recuerdos donde la iniciativa era un paso más en su inserción política. Cada detalle que me contaba era un logro que le había cambiado todo. El momento en el que su hermana la invitó a participar de una reunión del Movimiento Evita fue un antes y un después en su relato.

## Rito de iniciación

Una idea que me ayudó a pensar ambos casos fue la de rito de iniciación de Turner (1988) a partir de lo cual las vidas de estos jóvenes experimentaron una iniciación, de tipo orgánica, dentro del escenario político.

Planteo acá las tres etapas que describe el autor: separación, margen y agregación, en vínculo con la realidad sobre la que trabajé.

En primer lugar, la noticia de la muerte de Néstor Kirchner provocó una súbita detención de sus cotidaneidades, donde se han puesto en valor los símbolos y valores compartidos con el kirchnerismo, e incluso donde se ha preponderado la vida política del referente fallecido, para separarse de las actividades del momento, y entrar en un estado especial y peculiar que los llevó a replantearse su práctica para con lo político.

En segundo lugar, durante el período “liminal” o intermedio, se enfrentaron con una nueva dinámica, en la cual se mezclaron sus ideas previas respecto de la práctica política, con una experiencia política más próxima, vivida en sus propios cuerpos. Por ejemplo, la sensación que despertó en Romina el relato de su hermana en el medio de la plaza de Mayo, donde se pusieron a flor de piel diversas sensaciones y sentimientos, en un lugar que reflejó un dolor compartido en medio de una grupalidad de desconocidos, pero que poseían un motivo en común, el luto por el líder político.

El tercer momento, el de la agregación, se lo puede identificar en ambos relatos cuando coinciden en la auto-percepción de la pertenencia a un nuevo grupo, organización o colectivo político, donde debieron incorporar en sus cotidianidades la demanda de ciertas reglas, actividades y dinámicas novedosas tanto en lo individual, como en lo colectivo.

Jasper (2012) analiza en el terreno de las emociones que por lo general los grupos parecen fortalecerse cuando comparten emociones reflejas en respuesta a ciertos eventos, y cuando comparten lealtades afectivas

entre sí, a lo que el autor llama, respectivamente, emociones compartidas y recíprocas (Jasper, 1998). Cada una contribuyendo a la otra. Como forma profundamente satisfactoria de reputación y vínculo, la identidad colectiva es un fin al mismo tiempo que un medio, o parafraseando a Yang (2000), se trata de un “logro emocional”.

Lo planteado se trataba de una iniciación en el ámbito de lo político que colocaba a estos jóvenes en una tradición política específica, el peronismo, y les aportaba no sólo un lugar de pertenencia reconocido en Argentina, sino un paquete signifiante de valores –del tipo político– con historia y prestigio, cargado de emociones compartidas y recíprocas.



## *Entre el territorio y el Estado*

Durante el trabajo de campo tuve acceso a experiencias de militantes en la labor estatal. Entre otras experiencias, me detendré aquí en algunos dilemas que aparecieron en el análisis acerca de la relación que se presentaba entre el trabajo territorial y la gestión estatal. Se trató de una de las cuestiones más ricas para comprender la inversión emocional que los jóvenes hacían diariamente en el cruce de esas dos lógicas de trabajo político aparentemente muy disímiles.

La primera distinción específica de la militancia juvenil peronista en el Estado tuvo que ver con la simultaneidad del ingreso a la gestión estatal y la continuidad de la militancia territorial.

Esteban me contó que se inició en un puesto de gestión estatal en la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires, y posteriormente por un acuerdo político pasó a trabajar en el Senado de la Provincia. Según indicó el acceso al Estado era muy difícil porque había poco espacio para la renovación política. Además, su militancia territorial se debió ajustar a los horarios que implicaba la nueva tarea de gestión estatal, que requería un horario fijo. Uno de los requerimientos que este militante había planteado con su empleador, había sido la negociación de horarios en su puesto para no abandonar con la actividad política en los barrios.

El militante describió una negociación cotidiana a la que debía ajustarse en esta nueva dinámica de gestión estatal y militancia territorial, por la cual, por ejemplo, abocó parte de sus fines de semana a la tarea netamente territorial, donde con un grupo de amigos militantes y abogados, asesoraban a distintos vecinos en cuestiones relacionadas con el acceso a la vivienda. El hecho de haber ingresado al Estado no representó que dejase sus actividades de militancia territorial, sino que activase mecanismos para poder combinar ambas militancias, la territorial y la estatal.

Con dos jefes, uno en la gestión estatal y otro en el orden de lo político, el militante se encontraba subsumido en una negociación permanente que resultaba necesaria para poder trabajar en ambos sentidos. Perelmiter (2010, 2011) me ayudó a pensar esta descripción de la coexistencia de la gestión en el Estado y la militancia territorial al referirse a los agrupamientos políticos constituidos desde el territorio y de forma previa al ingreso a la gestión pública, por lo cual sus prácticas militantes están asociadas al barrio, en tanto un capital político y moral, que posibilita trabajar en el Estado en representación de un grupo localizado en el barrio.

En este sentido, Emiliano hizo hincapié en la relevancia de mantener un vínculo entre la militancia territorial y la gestión estatal, en un diálogo que para él, según me dijo, debería ser obligado ya que de lo contrario las esferas de poder resultarían desarraigadas de las problemáticas de la gente. El militante consideró que sólo desde una recorrida por el barrio y con la identificación de los problemas comunes, la gestión política podía generar soluciones desde la gestión estatal.

Me acuerdo puntualmente que una de las frases que más me resonó de lo que dijo Emiliano sobre este tema fue que él sentía que muchas veces entre los vecinos de los barrios donde ellos trabajaban tenían una “carga negativa” sobre la gestión estatal en general, y que él coincidía con eso, porque había muchos años de maltrato y falsas promesas que ensuciaban la acción política con buenas intenciones. Eso que se encontraba al ir a los barrios era un resultado histórico que había que desandar de a poco.

Los propios vecinos se referían a aquellos casos donde había desconexión entre algunas políticas estatales y las necesidades reales de los habitantes del territorio. Además, para el militante también había una carga ideológica de algunos sectores políticos de derecha que desvirtuaban el sentido de la política popular que para esos otros sectores aparecía como una descalificación y la tildaban de “populismo”, mientras que para las agrupaciones militantes era, en definitiva, un conjunto de políticas que intentaban darle mayores beneficios y derechos al pueblo.

En mi estudio destacué que hablar de populismo implica, en primera instancia, diferenciarse del lenguaje mediático que, tanto en Argentina como en Latinoamérica, ha resultado una categoría para referirse de manera desaprobatoria a gobiernos con altos niveles de popularidad y situaciones sociopolíticas de diferentes características de los años dos

mil. La utilización de la categoría populismo pudo haber sido eficaz para interpretar las políticas implementadas en Latinoamérica entre los años treinta y sesenta (O'Donnell y Wolfson, 1993; Laclau y Lechner, 1981; Paniza, 2008). Sin embargo, en las voces de los actores juveniles militantes de los dos mil aparecía una visión un tanto encorsetada de la realidad.

Otra voz que también aportó en este vínculo entre la militancia territorial y la estatal fue Ignacio, un joven comunicador que militaba en el Movimiento Evita y tenía un puesto de asesor en la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires. El único encuentro de entrevista con él se dio en el despacho de su jefa (que no estaba) y tuvo una tensión permanente que no resultó bien. En este caso, pude ver a la distancia que este joven me vinculó al medio radial en el que trabajaba, y no pudo desvincularme de esa prenocción durante toda la entrevista, porque sus respuestas eran declaraciones radiales. Incluso en un momento del encuentro recuerdo que ingresó otra persona a la sala, y él siguió hablando como dando una declaración a un periodista, cambiando el tono de voz y siendo vehemente con su cassette puesto.

Entre sus apreciaciones sobre lo que para él tenía que pasar en la gestión estatal, dijo algo que aportó a una definición de ese momento histórico. Ignacio habló de un Estado que ponderaba la solución colectiva y los sectores sociales, y que trajo reivindicaciones históricas a los sectores populares. Pero que, en esa dinámica, el valor que para él se destacaba intra-agrupación era no sólo la gestión de una movilización sino que la gente que te banque en la calle. Uno de sus pensamientos quedó resonando en los próximos años del kirchnerismo. Para este joven, la fractura del peronismo llevaría a que gane la derecha, y los sindicatos divididos aportarían a un desgloce de mezquindades políticas y sería funcional a un gobierno antipopular.

En estos tres casos vimos como el vínculo entre el trabajo estatal y el territorial podía estar condicionado por el tiempo laboral y los liderazgos políticos; cómo era una dinámica propia de un período político que presentaba una renovada forma de considerar a la participación política en Argentina; y daba cuenta de lo importante que resultaba el Estado para la militancia juvenil ser el articulador de soluciones, poniendo énfasis en las movilizaciones sociales como apoyo a las reivindicaciones de los trabajadores.

## La herramienta transformadora

Hasta ahora no les hablé de Marcos, pero este tocayo que pertenecía a La Cámpora, como representante barrial, también fue importante en el trabajo de campo. La entrevista que hicimos en el patio de su casa a mediados de 2014 y arrojó algunas definiciones que fueron relevantes.

Cuando le pregunté qué era para él un Estado, recuerdo que sonrió y me dijo que iba a tratar de sacarse todas las definiciones de la academia antes de responderme. Se quedó unos minutos en silencio, pensativo, y luego explicó que sabía que al empezar a hablar, iba a referirse a “lo político”.

Desde esta pequeña e importante intervención las palabras “Estado” y “política” aparecieron unidas en cada una de las consideraciones de los jóvenes militantes, y construyeron una concepción del Estado argentino ligada a la idea de una capacidad transformadora de la vida de las personas. En su definición de la política como una herramienta transformadora, para este joven el Estado mismo era una herramienta de transformación, y era importante apropiarse de esa herramienta para lograr cambios sustantivos en la sociedad, sobre todo de los intereses populares.

El sentido que Marcos le otorgó al concepto de Estado, tuvo que ver con una idea que luego apareció reiteradamente en los discursos de los militantes peronistas. Se trataba de percibir al Estado argentino de comienzos del nuevo milenio en rotunda contraposición al de una década atrás. Las narrativas mostraron que tanto los militantes que vivieron los noventa con una actividad concreta en el terreno de “lo político”, como quienes no estaban vinculados al mundo de la política, percibían esa década como un momento “nefasto” para la historia de los argentinos.

En ese momento, la representación sobre la década de los noventa era lo más cercano a políticas que respondían a recetas económicas del FMI y el Banco Mundial, que iban destruyendo al pueblo trabajador, y que lograron una crisis como la de 2001 que sólo se pudo remontar desde el año 2003 con la llegada al poder del ex presidente Néstor Kirchner. Las experiencias de militancia territorial estaban vinculadas al peronismo de resistencia, la presencia de comedores y copas de leche y un rechazo a la política de los punteros.

Por otro lado, los más chicos que no habían tenido una militancia en los años noventa emparentaban la década con los efectos de la conver-

tibilidad sobre el Estado y aquellas políticas de privatización para unos pocos, en detrimento de un Estado para la sociedad en su conjunto.

Oszlack (2003) resultó de utilidad para pensar estas representaciones que tenían los militantes acerca de la “desaparición del Estado” en los noventa como su “renuncia o incapacidad” para cumplir con las demandas asociadas al bienestar de los sectores sociales más vulnerables, o con su intervención tradicional en la regulación de la actividad socioeconómica, con la reencarnación institucional del Estado nacional en otros niveles territoriales y políticos.

Por otra parte, las representaciones presentes en los discursos de los militantes describieron que en los noventa había habido un “achicamiento” del aparato estatal argentino. Oszlack (2003) distinguió en su estudio que si bien hubo una “minimización, ausencia y metamorfosis” del Estado argentino, fue de manera tal que no respondió al carácter “mínimo” que se le atribuyó. De hecho, pese a los cambios evidenciados en los índices cuantitativos de su tamaño, había demostrado “ausencia” en diversas áreas de la gestión pública, adquiriendo una serie de rasgos que marcaron una “metamorfosis” en su fisonomía, dominio funcional y papel frente a la sociedad. Para el autor resultaba ser un Estado en el que se habían operado disminuciones en el volumen de empleo directo y donde había crecido el volumen de gasto público, tanto a nivel nacional como en los niveles sub-nacionales.

Para gran parte de la militancia juvenil el Estado argentino de principios de los dos mil difería de aquel Estado de los noventa, ya que vehiculizaban sus ideas de progreso en vínculo con el fortalecimiento de estatal, desde las prácticas y políticas cotidianas. Se trataba de una lógica política que considera al Estado como un aliado en la tarea de construir consensos e incluir a quienes estaban desprotegidos en la década anterior. Y los militantes consideraban que era sólo de la mano de la participación política desde donde el Estado podía ser capaz de transformar la vida de las personas.

## **Militancia o hipocresía**

Les voy a contar sobre Ramiro. Llegué a él por medio de una agenda periodística, y su interés por la entrevista creo que tenía que ver con la posibilidad de acercarse al mundo radial. Sin embargo, por medio de

una charla descontracturada todo eso pudo disiparse en pocos minutos y reafirmé el sentido de la entrevista como parte de un estudio académico, con lo cual logré romper ese prejuicio que con Ignacio no había podido. En el caso de Ramiro sucedió que el encuentro fue a la vuelta del trabajo, en un café céntrico de la ciudad de La Plata, donde pudimos comer un tostado y tomar café, sin apuro.

Este militante resultó uno de los más comprometidos en su relato y tengo el recuerdo de haberlo admirado en momentos de la entrevista donde verdaderamente se abrió y contó cosas maravillosas. Ramiro es profesional recibido en la Universidad Nacional de La Plata, y hacía poco tiempo había entrado a una empresa de servicios estatales. También hacía poco había tenido un hijo, y se había mudado a otra ciudad, con lo cual sus tiempos para la militancia territorial se habían acotado. Sin embargo, su relato era de permanencia y, a la vez, de cierta tensión con su propio compromiso.

A sus 33 años, este joven se identificaba con el Estado, por haberse educado en un colegio estatal y por haber ido a la universidad pública y gratuita. Me contó que desde chico escuchó que su familia de tradición peronista defendía la idea de un Estado presente. También me confesó que ese trabajo estatal era el primero en su vida y que para él trabajar en el Estado era un verdadero desafío porque implicaba tratar con la cosa pública, y su compromiso le generaba mucha presión.

Ramiro me contó algo que me hizo comprender ese compromiso y esa presión que sentía. Me dijo que para conseguir el empleo estatal había realizado diferentes entrevistas laborales y que había pasado numerosas etapas de evaluación hasta que finalmente logró entrar. En el período final de la selección laboral, el examen psicotécnico, le preguntaron cuál era el motivo por el que quería ingresar a esa empresa y qué beneficios le otorgaba, y él expresó que más allá de la tarea designada, eso representaba iniciarse en la función pública.

El modo en el que narró esa experiencia expresó un pensamiento que se le hizo recurrente, la idea de que los ciudadanos le estaban pagando a él la posibilidad de haber estudiado en la universidad pública, y por eso sentía la obligación no solamente de hacer bien las cosas bien, como en cualquier tarea, sino de dar “un poquito más”. Sobre todo, porque la educación universitaria a la que él pudo acceder muchos otros jóvenes de su barrio lo vivían como una cosa inalcanzable por falta de

oportunidades familiares, o porque habían tenido que salir a trabajar por necesidad de sustento económico en sus familias.

Escribiendo este libro, y relejendo estas entrevistas y la tesis doctoral le encuentro más sentido a todo lo que viví en esos encuentros. Ramiro, una vez más, me hace sentir cerca del pensamiento suyo. Porque, de algún modo, esa gratitud por la educación pública y el compromiso por dar un poco más en la labor estatal es parte de mi presente también. En el momento de la entrevista lo admiré, y hoy siento que lo entiendo más que nunca. También en el prejuicio que tuvo al iniciarse en el trabajo estatal.

Para él acceder a la gestión del Estado significó poner en diálogo su práctica de acción política con la cotidianeidad de la gestión estatal, y percibir que allí también había una misión que estaba pendiente. Según relató, la militancia debía romper con ciertos moldes pre-existentes respecto de cómo se veía a la gestión estatal y la cuestión pública tanto en la sociedad como en el interior de las mismas agrupaciones. El compromiso militante de Ramiro dentro de la gestión estatal le permitió comprobar algunos prejuicios acerca de las prácticas de las burocracias estatales, pero también ampliar y complejizar las nociones y críticas que él mismo manejaba. Trabajar en el Estado le hizo ver la cuestión pública de otra manera y le generó un compromiso mucho mayor, sobre todo conociendo “el por qué de las cosas” en la trama política.

Recuerdo que una de las imágenes más nítidas de ese encuentro tiene que ver con Ramiro diciéndome que él tenía un compromiso político por cambiar los problemas de la sociedad argentina y achicar la desigualdad, y que para él había dos tipos de personas. Estaban las que no comprendían la importancia de la participación política para poder transformar esa realidad, y también aquellos que comprendían esa problemática y no hacían nada, es decir, no se comprometían en la transformación.

Para este joven en el fondo había un gran debate. Bajo su modo de percibirlo, o se participaba como militante comprometido, o se era un hipócrita, en tanto un disvalor. Fue a partir de la posibilidad de acceso a la gestión estatal que se produjo un sentido de reafirmación en la militancia de Ramiro por la valorización moral de oponerse a lo hipócrita.

La experiencia de Ramiro también tiene vínculo con la idea de repensar la justicia social. Dubet (2012) realiza un análisis entre la igualdad de posiciones y la igualdad de oportunidades distinguiendo entre

quienes piensan que es necesario redistribuir la riqueza y asegurar a todos un piso aceptable de condiciones de vida y de acceso a la educación, los servicios y la seguridad, y quienes consideran que lo importante es garantizar la igualdad de oportunidades, de manera que cada uno coseche logros de acuerdo a sus propios méritos, en el marco de la competencia equitativa.

El sociólogo pone el acento en la trampa que implica la igualdad de oportunidades, porque aún cuando responda al deseo de movilidad de las personas, profundiza las desigualdades y puede conducir a la lucha de todos contra todos (modelo hegemónico en la actualidad). Bajo la mirada de este modelo el hijo de un obrero tendría las mismas posibilidades de acceder a un puesto jerárquico que el hijo de un ejecutivo, y si fracasa en el intento, ese resultado se atribuiría a razones puramente individuales; sin considerar en los hechos la distancia existente entre las condiciones de vida de uno y otro.

Con críticas, Dubet elige el modelo de las posiciones para explicar que es aún el que atenúa las brechas entre los diferentes estratos sociales.

Estas ideas me ayudaron a comprender la situación emocional del militante. Elijo un aspecto para destacar.

Con el correr del tiempo, releendo sus palabras pude notar que ese peso que le dio a su responsabilidad por la cosa pública –puntualmente su rol en el Estado, para no sentirse un hipócrita– tenía anclaje en el lugar social que él y su familia ocupaba en la escala social, y que en su lucha por la igualdad cobraba otro sentido más profundo. Él sabía muy bien que ese acceso al estado era resultado de una suma de oportunidades satisfechas en su trayectoria personal: él había podido ir a la universidad pública, se había podido graduar, había podido participar en política y acceder a un puesto estatal por sus condiciones. Sin embargo, y en vínculo con su idea de justicia social, también aparecía en su discurso la idea de desigualdad respecto de sus amigos del barrio, que no habían accedido a una educación por la necesidad de tener que trabajar para poder vivir. Para Ramiro su trayectoria podía ser leída en el modelo de igualdad de oportunidades como un esfuerzo y mérito propio frente al de otros. Pero por debajo de esa mirada externa, él sabía que había tenido una oportunidad que otros no, producto de la desigualdad social. Eso era lo que colocaba una presión extra a su desempeño en el rol estatal.

Por otra parte, la noción de subjetividad política trabajada entre otros autores por Vommaro (2012) me hizo pensar que el caso de Ramiro se trataba de un rasgo marcado en el proceso de su subjetividad política, como una instancia de resignificación y de reapropiación material y simbólica, que le permitió, en esta nueva etapa política, una combinación de la militancia estatal con la territorial y una nueva producción diversa. A partir de ese momento, su trayectoria política tenía un nuevo escenario de comprensión y su concepción valorativa refería a que se milita de manera comprometida o se caía en la hipocresía, porque conociendo las problemáticas, no se ayuda a generar igualdad.

En uno de los encuentros más enriquecedores, Ramiro puso en la mesa sus propios valores, sentimientos y deseos, en vínculo con lo público o lo estatal, que sirvieron para recrear su memoria y sus recuerdos, sus vínculos con el barrio, la posibilidad de acceso a los estudios secundarios y universitarios en la educación pública, entre otras cuestiones. Esas valoraciones se vieron reflejadas en su práctica política, configurando una subjetividad política situada en un momento histórico que, como definió Kriger (2016), fomentó la politización juvenil.

## **El acceso al trabajo estatal**

Una de las cuestiones que me interesó analizar en los discursos de los jóvenes fue la manera en la que accedieron a los puestos estatales. Porque sentía que en esas explicaciones se podrían reproducir discursos de las organizaciones o tener una postura crítica al respecto. Al momento de precisar detalles sobre las experiencias del acceso al trabajo estatal, percibí matices al interior de las organizaciones políticas. Por un lado, estaban los que describían al acceso como un premio a su práctica militante, y por otro, aquellos lo ligaban a la llegada por contactos con personas de las organizaciones y/o de funcionarios de gobierno.

Me acuerdo que Emiliano me contó que en los noventa había tenido contacto con otros referentes y era muy difícil para los jóvenes acceder a un trabajo estatal desde la militancia ya sea territorial o universitaria, y solo había casos excepcionales donde alguien empezaba a trabajar en la gestión pública por tener algún conocido que lo había hecho entrar. Es decir, el ingreso a la gestión estatal solo dependía de un contacto directo e individual, y no desde una acción colectiva consensuada.

En cambio, este militante (como otros) indicó que la modalidad de trabajo de la agrupación La Cámpora, con acceso a la gestión en el Estado, tenía que ver con la noción de una premiación a la militancia. No sólo eso, también circulaba la idea entre los propios militantes de que se trataba de una decisión que era consensuada entre los miembros de la agrupación, siempre y cuando el militante haya trabajado duro por los objetivos de la organización.

Melina Vázquez (2014) estudió este perfil de gestión militante por el cual el acceso a la gestión estatal implicaba la conformación de un nuevo perfil delineado entre la gestión pública y el compromiso militante. El modo en el que se desarrollaba esa gestión militante implicaba, de acuerdo a los relatos, una visión altruista de la acción política que atravesaba la esfera de la militancia y se cristalizaba en una dedicación desinteresada por el bien común, sin importar las horas reloj dedicadas porque no había un horario fijo, y se perseguía la eficacia del trabajo costase lo que costase. Interpretando esa dinámica, podr a suponerse que los militantes daban todo de sí mismos, sabiendo que el máximo esfuerzo representaba el trampolín para el acceso a la gestión pública.

Diferenciándose de la agrupación La Cámpora y esta concepción de acceso al Estado como premiación a la militancia, una opinión representativa de gran parte del Movimiento Evita la aportaba Sebastián. Este militante era comunicador y trabajaba como referente de juventud en La Plata dentro de la organización. En una entrevista aludió a muchos casos en los que el acceso a la gestión pública, indistintamente de la experiencia de militancia barrial, era lisa y llanamente por contactos. Su postura traz  una crítica interna al modo de accionar de algunas agrupaciones del proyecto político del kirchnerismo, donde percibía que se le había otorgado un lugar en el Estado sólo a un sector de la juventud que pertenecía a agrupaciones con llegada al poder ejecutivo. Su postura se refería al acceso de La Cámpora a la gestión estatal.

Si bien este militante consideraba que había sido importante que los jóvenes se incorporasen un poco más a la política partidaria para poder transformar al Estado, proponía que esa penetración en la esfera de gestión estatal deber a haber sido desde un acompañamiento a la conformación de una unidad de los trabajadores. En la interpretación de Sebastián respecto del protagonismo que se le había dado a la juventud en la gestión del Estado desde La Cámpora, así fuese por contactos o

por la simple condición de ser jóvenes, eso no garantizaba la transformación de la sociedad.

El ingreso a un trabajo estatal presentaba al menos dos explicaciones posibles entre la militancia: era por premiación o por contactos. Sin embargo, al momento de explicar esa premiación el discurso de los militantes de La Cámpora dejaba entrever un mecanismo difuso de esa acción supuestamente consensuada entre miembros de la agrupación para decidir quiénes accedían a un trabajo en el Estado. Siempre la explicación recaía en un jefe político que elegía quienes ingresaban a puestos en el Estado. Con el correr del tiempo, pude analizar que ese discurso de premiación expresaba una lógica interna de acción política de La Cámpora acerca de cómo se disputaban espacios en las esferas estatales, y donde el tiempo invertido en la militancia, entre otras cuestiones, aparecía como un valor distintivo que podía llegar a ser considerado en consenso como un ascenso al trabajo estatal.

Esta tensión que se muestra acá atravesaba muchas de las otras tensiones que tenían los militantes de ambas organizaciones. El lugar que se ocupaba en el Estado también tenía incidencia en los recursos disponibles, por ejemplo, para las actividades territoriales.



## *Dos disputas: edad y peronismo*

Un ejercicio analítico que realicé en mi estudio tuvo que ver con trabajar la noción de generación de Mannheim (1991) para comprender a las juventudes militantes implicadas en el trabajo de campo. Por medio de ese análisis, pude identificar a los militantes como “unidades generacionales”. Para este autor compartir la misma edad no es suficiente para definir una generación, y es necesario comprender las nociones de “posición generacional”, “conexión generacional” y finalmente “unidad generacional”. Pasemos entonces a conocerlas.

### **Generación<sup>4</sup>**

Para Mannheim (1991) la “posición generacional” se define para un sujeto por haber nacido en el mismo ámbito histórico-social –en la misma comunidad de vida histórica– y dentro del mismo período. Es el año de

---

4. El concepto de generación es un objeto clásico de la sociología y la ciencia política. En el campo de la juventud ha sido analizado desde una perspectiva histórica por Leccardi y Feixa (2011) quienes dieron cuenta acerca de cómo desde Auguste Comte y Karl Mannheim –pero también desde José Ortega y Gasset y Antonio Gramsci–, el concepto de generación ha sido un tema relevante en las ciencias sociales y las humanidades. Leccardi y Feixa (2011) indicaron que la noción de generación se desarrolló en diferentes momentos históricos que corresponden a tres marcos sociopolíticos precisos: en los años 20, en el período entreguerras, se formularon las bases filosóficas en torno a la noción de *relieve generacional* (sucesión y coexistencia generacional), en esto hay consenso general (Ortega y Gasset, 1923; Mannheim, 1928); durante los años 60, la edad de la protesta, se fundó una teoría entorno a la noción de *vacío generacional* (y conflicto generacional) sobre la teoría del conflicto (Feuer, 1968; Mendel, 1969); a partir de la mitad de los años 90, con la aparición de la sociedad en red, aparece una nueva teoría que revoluciona la noción de *lapso generacional*. Ello se corresponde con una situación en que los jóvenes

nacimiento como un hecho fundante para los sujetos que determina una edad. Mientras que la “conexión generacional” se refiere al momento en el que los contenidos sociales reales y los contenidos espirituales establecen –precisamente en los terrenos en los que se ha desestabilizado y de lo que está en renovación– un vínculo real entre los individuos que se encuentran en la misma “posición generacional” (Mannheim, 1991: 222).

---

son más expertos que la generación anterior en una innovación clave para la sociedad: la tecnología digital (Tapscott, 1998; Chisholm, 2005)” (Leccardi y Feixa, 2011: 13).

También en esa historización los autores destacaron el análisis de las generaciones de Mannheim (1928, 1952) como un punto de inflexión en la historia sociológica del concepto: “cuando Mannheim desarrolló su teoría de las generaciones tuvo un doble objetivo: por una parte, distanciarse del positivismo y sus enfoques biológicos de las generaciones, y por otra, desmarcarse de la línea romántico-historicista. Además, su preocupación general era incluir a las generaciones en su investigación sobre las bases sociales y existenciales del conocimiento en relación con los procesos del cambio histórico-social” (Leccardi y Feixa, 2011: 17). En la apreciación de estos autores, Mannheim consideraba las generaciones como dimensiones analíticas útiles para el estudio, tanto de las dinámicas del cambio social como para la actitud de una época.

Zygmunt Bauman se refirió a los escritos sobre generaciones de José Ortega y Gasset indicando que la mayor contribución del filósofo español no era la idea de la “sucesión” entre generaciones –una idea muy presente en el pensamiento y en el sentido común de esa época– sino la idea de “coincidencia” y “superposición”; es decir, la coexistencia parcial entre generaciones. “Los límites que separan las generaciones no están claramente delimitados, no pueden dejar de ser ambiguos y traspasados y, desde luego, no pueden ser ignorados” (Bauman, 2007:373). Otro autor que abordó el tema de las generaciones convivientes fue Michel Maffesoli desde la noción de “hospitalidad”. Evocando la metáfora de la “tribu” señaló que el hecho de vivir juntos invitados y huéspedes (adultos y jóvenes) es más próspero cuanto más se basa en el placer por la competición o por el juego. “Las generaciones jóvenes experimentan estos valores hedonistas de una forma paroxística. Sin embargo, a través de un proceso de contaminación, el “corpus” social acaba siendo influenciado” (Maffesoli, 2007:378).

Los trabajos de Mannheim significaron la apertura de un campo donde varios investigadores se ocuparon de estudiar la existencia de generaciones en relación a, por ejemplo: la presencia de valores políticos (Rintala, 1963 y Jennings *et al*, 2009); al peso de las experiencias políticas comunes (Jennings, 2002 y Tessler *et al*, 2004); al ingreso a la actividad política (Vommaro G., 2013); al estudio de características sociales, laborales o educativas compartidas (Biland, 2011); y también respecto de otras generaciones y los conflictos intergeneracionales (Gusfield, 1957 y Eisenstadt, 1956). En esta sección nos insertamos en esta tradición de estudios y nos centraremos en las definiciones de Mannheim, las cuales consideramos enriquecedoras para analizar las juventudes en estudio.

La primera distinción importante que realiza Mannheim es la siguiente: mientras que la afinidad por “posición generacional” sólo es algo de carácter potencial, por el hecho de compartir un dato biológico, una “conexión generacional” se constituye por medio de la participación de los individuos que pertenecen a la misma “posición generacional”, en el destino común y en los contenidos que conectan a los sujetos<sup>5</sup>. Podemos indicar que hay dos componentes fundamentales en ese “compartir juntos” de los cuales surge una “conexión generacional”. En primer lugar, la presencia de acontecimientos que rompen la continuidad histórica y marcan un “antes” y un “después” en la vida colectiva; y en segundo término, el hecho de que esas discontinuidades sean experimentadas por miembros de un grupo de edad en un punto formativo en el que el proceso de socialización no ha concluido, por lo menos en sus fases más cruciales, y cuando los esquemas utilizados para interpretar la realidad todavía no son rígidos por completo, o en términos de Mannheim, cuando esas experiencias históricas son “primeras impresiones” o experiencias juveniles.

Dando un paso más en su formulación, el autor sostuvo que la propia juventud que se orienta por la misma problemática histórica-actual, vive en una “conexión generacional”; dentro de ella, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos constituyen, en cada caso, distintas “unidades generacionales” en el ámbito de una misma “conexión generacional” (Mannheim, 1991: 223). Para comprender la idea de Mannheim sobre las “unidades generacionales” es importante poner el acento ya no en el contexto socio-político que los une como parte de una misma “conexión generacional” sino avanzar hacia

---

5. El autor diferencia la “conexión generacional” con la posición de clase. La situación de clase, según él, entendida como esa afinidad de posición a la que están destinados ciertos individuos dentro de la contextura económica y de poder de su respectiva sociedad siempre está, aunque la conciencia de clase no esté presente. La situación de clase está fundamentada en la correlativa existencia en la sociedad de una estructura económica y de poder que están en transformación. Mannheim sostiene que la “situación de clase” y la “situación generacional” tienen algo en común, y es que limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que le sugieren una modalidad específica de vivencia y pensamiento. Dicho de otro modo, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico. Esa posición elimina modalidades y delimita posibilidades del individuo.

el contenido de las prácticas de los sujetos políticos, que contienen un significado emocional<sup>6</sup>.

Según el sociólogo húngaro, una “unidad generacional” se produce por el gran parecido que hay entre los contenidos que ocupan la conciencia de los individuos que la forman, la significatividad que le dan a esos contenidos, que los vincula por tener un efecto “socializador” (Mannheim, 1991; 223). Podemos sintetizar en que el motor de las “unidades generacionales” son las voluntades colectivas expresadas alrededor de un significado emocional que se le otorga a una consigna compartida.

Estas “unidades generacionales” se caracterizan no sólo por la participación en conjunto, sino que también significan un modo de reaccionar unitario –un “agitarse juntos” y un modo de configurar que están conformados por un destino semejante– de los individuos que están (en la medida en que lo están) directamente vinculados a una determinada “conexión generacional” (Mannheim, 1991: 225). En la noción de Mannheim a partir de una “conexión generacional” pueden formar varias “unidades generacionales” que luchan entre sí desde posiciones opuestas.

Es a partir de estas nociones de Mannheim (1991) que propuse un análisis de la juventud militante como parte de “unidades generacionales”.

Los militantes de La Cámpora y el Movimiento Evita de la ciudad de La Plata que formaron parte de mi investigación tenían diferentes “posiciones generacionales”, compartían algunas “conexiones generacionales” y formaban parte de distintas “unidades generacionales”.

En primer lugar, pude indicar que si bien el recorte metodológico se ancló en la auto-percepción juvenil, los sujetos estudiados presentaban diferentes “posiciones generacionales” en tanto eran miembros de distintas cohortes. Había sujetos entre 17 y 35 años, lo cual daba cuenta de, al menos, un carácter potencial de la “posición generacional” diverso en su modo de experiencia de participación política.

Mientras que las nuevas cohortes experimentaron un modo de militancia más activa, en el sentido de iniciación dentro del kirchnerismo y

---

6. Para este autor “no son los contenidos lo que vincula prioritariamente a los individuos, sino que vinculan más las “fuerzas formativas” que los configuran. El profundo significado “emocional” de una consigna, de un gesto auténtico o de una obra de arte, consiste en que, con ellos, no solo se acogen los contenidos sino también las tendencias formativas y las intenciones vinculantes básicas que éstos llevan incorporadas, y en que, por medio de ellos, se vincula uno con las voluntades colectivas” (Mannheim, 1991: 223-224).

con un contexto sociopolítico de apertura y fomento de la participación juvenil, otros que superaban los 30 años dieron cuenta de una trayectoria diferente, donde existía una tradición peronista que se amalgamaba al kirchnerismo en ese momento, pero que en los discursos aparecía solapada por una trayectoria política anterior que se presentaba con cierto disvalor. Esa era, según estos actores, una militancia juvenil de los años previos al kirchnerismo bastante menos reconocida.

La “conexión generacional” de los sujetos analizados era posible de distinguir a través de la confluencia en torno a su participación política, que podía tener como antecedente una tradición de familia peronista, de tradiciones de familias políticas no peronistas con reconversiones en sus orientaciones políticas, y también de familias donde se inauguraba la acción política con la participación juvenil en este período histórico.

Es a partir de su inserción en experiencias colectivas militantes contemporáneas que la experiencia juvenil se presentaba como una opción de “cambio” dentro de la política. El “vínculo real” que unía a estos agrupamientos, dentro de la esfera de militancia analizada, tenía que ver con la participación en política para lograr un “cambio”, entendiendo que el momento epocal lo propiciaba por medio de un proyecto político, como fue esa etapa kirchnerista.

La consideración de un “antes” y un “después” de ese proyecto político, identificando ese proceso o experiencia de participación lejos de lo “anterior” —los noventa, el menemismo, la Alianza, etc.— y en vínculo con lo “posterior” —con la superación de vicios políticos al interior del peronismo, la participación del campo nacional y popular a la esfera política, etc.— refuerzan la cohesión de ciertas posiciones generacionales en la conformación de conexiones generacionales.

Aparecieron iniciaciones políticas juveniles a partir de verse interpelados por un momento epocal, marcado principalmente por una visibilización de la juventud desde los discursos presidenciales, y por un llamado a la participación como herramienta política de transformación. Los jóvenes se sintieron parte de un proceso, activaron su participación política y se constituyeron como sujetos de acción política dentro del peronismo.

Estas “conexiones generacionales” coexistían al interior de las agrupaciones La Cámpora y el Movimiento Evita en La Plata, así como también se daban en otros espacios políticos que pertenecían a “Unidos y organizados” porque, la cuestión que reforzaba el sentido de participa-

ción estaba vinculada con la identificación por un cambio en el modo de hacer política y, principalmente, en la vida de los sujetos, llevándonos a pensar en el efecto socializador del que nos hablaba Mannheim (1991), y sobre todo en el carácter emotivo de la experiencia.

Dando un paso más en el análisis, esos jóvenes que se orientaban en torno a una misma problemática histórica-actual, y que vivían “conexiones generacionales”, presentaban distinciones que los constituían en “unidades generacionales”. Del mismo modo que el Movimiento Evita en La Plata y La Ciénega tenían distintas “unidades generacionales” dentro del agrupamiento, dependiendo de las “conexiones generacionales” de sus miembros, el sector juvenil analizado en ambas organizaciones –misma conexión generacional–, constituía distintas “unidades generacionales” ya que se presentaban elementos que generaban un punto de encuentro entre ellas, y otras cuestiones que las separaban.

A saber. El punto de encuentro entre ellas estaba dado por un “significado emocional” que compartían los militantes por un mismo proyecto político. La participación en esas “unidades generacionales” tenía un efecto socializador entre sus miembros por el cual la consigna compartida por la experiencia misma de la militancia funcionaba como un “agitarse juntos”, en términos de Mannheim (1991), frente a un camino político. Es decir, las “unidades generacionales” de ambas agrupaciones compartían el “qué” se debía hacer en política para mejorar la vida de las personas.

Pero un punto diferenciador importante, tenía que ver con el “cómo” debía transcurrir ese “cambio”, es decir, de qué manera se debían implementar las políticas del proyecto y con qué prácticas cotidianas se debían profundizar los cambios. Aquí es donde las lógicas políticas de La Ciénega y el Movimiento Evita no coincidían y hasta se enfrentaban, por ejemplo, en la distribución de recursos para la realización de una militancia territorial o en la distinción marcada del acceso a recursos estatales.

Entre los jóvenes que formaron parte de este estudio existía una dimensión simbólica de pertenecer a un mismo colectivo político, enmarcado dentro del peronismo, con coexistencia de agrupaciones políticas distintas. La Ciénega y el Movimiento Evita pertenecían a ese entramado que fue “Unidos y organizados”.

Una cuestión relevante para agregar en el camino por comprender la acción política es que los militantes se distinguían, de acuerdo a sus intereses, como parte de distintas “unidades generacionales” capaces de propagar sus intereses a otros sujetos por fuera de su “unidad gene-

racional”, e inclusive su “conexión generacional” para persuadir a otros sujetos con los que compartían la “posición generacional” a fin de que puedan insertarse en esos agrupamientos.

Esa tarea cotidiana de acción política actuaba en dos sentidos. En primer lugar, reforzaba un sentido de pertenencia a la propia “unidad generacional” en tanto que buscaba la incorporación de nuevos actores sociales para la acción política, y para la subsistencia o crecimiento de la agrupación. En segundo lugar, la práctica política no se reducía a la reproducción dentro de una misma “unidad generacional” sino que se fortalecía en el vínculo con el exterior –capaz de insertarse en la misma– lo que le otorgaba un sentido de “transformación” a la acción política cotidiana, en sintonía con el “agitarse juntos” por un cambio.

La identificación de estas diversas “unidades generacionales” al interior de las agrupaciones visibilizó aún más la complejidad de la acción política en el marco de la diversidad de actores que participaron de las organizaciones, donde la juventud aparecía como una pieza más dentro del engranaje de la militancia.

## Sistema de edades

Una parte importante de mi análisis fue el abordaje del procesamiento sociocultural de la edad al interior de las organizaciones a partir de identificar los sistemas de clasificación etarios que eran puestos en uso. Se construyó una tipología en base a los registros de entrevistas y las notas de observaciones sobre las categorías que los militantes utilizaban para nombrar su grado de edad, y para diferenciarse entre sí.

En esa construcción resultaron tres divisiones: “un poco grandes”, “los jóvenes” y “los más pibes”. En los tres casos, primero presentaré una descripción de las características internas, y luego respecto de qué implicaba la diferencia que permitía identificar al grupo etario. Finalmente, en “Establecidos y recién llegados” daré cuenta de algunas disputas que organizaban el sistema.

### *“Un poco grandes”*

“Un poco grandes” serían aquellos sujetos que “pisaban” o superaban los 30 años. Formaban parte de la juventud militante de la organiza-

ción a la que pertenecían, y sus trayectorias en la militancia presentaban algunas características comunes enmarcadas en los años 90 y/o su militancia en “otros peronismos” (período menemista). En su mayoría ocupaban posiciones de dirigencia o de referencia para otros en sus organizaciones.

Uno de mis entrevistados fue Alejandro. Este joven de 30 años pertenecía al Movimiento Evita y tenía una trayectoria familiar peronista. Sobre todo su abuelo había influido en su decisión por la militancia, ya que era un gran referente, según lo que me pudo contar. Mientras charlamos, Alejandro me decía que una de las preocupaciones que tenía consistía en bajar el promedio de edad en la juventud de su agrupación política, porque a su parecer quedaban varios que eran (al igual que él) ya “un poco grandes”.

El joven oriundo de Florentino Ameghino –y residente en La Plata, donde estudiaba su carrera universitaria– me decía que ya estaban “más para el retiro” que para militar en el espacio de juventud. Y que su meta dentro de la organización para seguir “siendo juventud” era bajar el promedio de edad de quienes participaran en ese espacio. Es más, me decía que su ideal de juventud en una agrupación política eran militantes de 20 o 21 años.

Alejandro también ejemplificaba esto en relación a su militancia estudiantil universitaria, donde había sentido que era hora de dar un paso al costado, porque tenía 30 años. Por un lado, esto respondía a lo que ya que se venía charlando en su organización, dando respuesta a una demanda que habían visualizado entre los estudiantes: había que bajar la edad de sus miembros. Por otra parte, él había notado que no era lo mismo para los ingresantes que un pibe de 30 se le acercase a hablarles de política a que fuese uno de su misma edad. Ya que siendo un par en edad había mayor empatía y se lograba una efectiva llegada a los pibes más jóvenes. Era claro que Alejandro se sentía “un poco grande” para algunas acciones.

Por su parte, Marcos (33 años) me decía que por lo general los militantes dentro de lo que él podía enunciar como parte de la juventud iban entre los 16, 17 hasta los 35, 36, 37. Esto significaba un amplio rango para la juventud y, fundamentalmente, le posibilitaba ubicarse entre aquellos que aún pertenecían, y de acuerdo a su visión, tener 3 o 4 años por delante en ese espacio.

En el discurso de Marcos aparecía también una fascinación por los pibes como sujetos políticos. Para él había que acompañarlos y apoyarlos constantemente, porque tenían un peso muy fuerte, desde el Secundario con la Unión de estudiantes secundarios (UES) o en los barrios. La relevancia de esos jóvenes, 10 años más chicos que él, estaba en que eran muy presentes en las actividades y en las discusiones. El militante tenía un contacto permanente con los más pibes porque desde el área de formación, donde trabajaba, tenía una mirada más abarcadora sobre las prácticas políticas.

En la comparación de los militantes treintañeros con los más jóvenes, los primeros se diferenciaban por experiencias y contextos sociopolíticos. Los más grandes eran conscientes de que en el contexto actual había una mejora en la calidad de la militancia, y eso implicaba que los pibes más jóvenes que ellos tenían, según ellos, una visión de las cosas mucho más clara.

Sin desmerecer sus propias experiencias previas, en los años noventa y en otros contextos, solían asociar el período de militancia kirchnerista con la posibilidad de ser parte de un cambio, porque los pibes más jóvenes participaban de experiencias de formación que les aportaban nuevos elementos como sujetos políticos, y tenían más discusiones y debates. Y mucho de esto, ellos no habían experimentado en sus trayectorias políticas.

Por otra parte, algunos militantes treintañeros, como parte de la juventud, daban la discusión acerca de cuál era el límite de edad para ser joven en una organización. Un ejemplo de esto fue el planteo de Ramiro (33 años) que me dijo que él mismo tenía la duda de si era joven o no, ya que muchas veces se preguntaba si tenía sentido seguir siendo juventud dentro del peronismo a su edad. Su percepción era que el tope de participación juvenil, el famoso sub-45<sup>7</sup>, se había ido corriendo con el tiempo, y que, para él, parecía un tope un poco alto. De todos modos, el militante indicaba que ese tope alto siempre había sido así en la política para calificar dentro de la juventud.

---

7. Durante el período de estudio de estos jóvenes (2012-2015) en los medios aparecieron algunas declaraciones relativas al equipo "Sub-45" de los militantes que conformaban algunas expresiones políticas del peronismo, sobre todo del "massismo", el espacio liderado por Sergio Massa, que en ese momento no formaba parte del kirchnerismo.

La cuestión del dato cronológico era utilizada por los sujetos para constituir la clasificación presentada. Por medio de esta diferenciación los “un poco grandes” superaban los 30 años de edad y eran parte de la juventud de estas agrupaciones, pero se distinguían de los otros miembros en, al menos, dos cuestiones centrales.

En primer lugar, sus funciones en las organizaciones estaban vinculadas a la dirigencia, eran posiciones más altas en la jerarquía, ligadas a lugares de autoridad y prestigio político. Esto les permitía delinear y decidir sobre acciones políticas que, si bien eran puestas en discusión en el espacio de “la juventud” que incluía a “los jóvenes” y “los más pibes”, finalmente terminaban siendo definidas por ellos, sostenidos en su posición de mayor capital político.

En segundo lugar, estos miembros de la juventud “un poco grandes” eran quienes se encargaban de sostener la formación. Con mayor trayectoria y experiencia militante, se ocupaban de transmitir esa experiencia dedicando parte de su cotidianeidad a las charlas y cursos de formación con otros miembros de la juventud que ocupaban las otras franjas más bajas que veremos a continuación. La tarea de transmitir la experiencia para habilitar otras prácticas políticas similares colocaba a estos sujetos en el rol de ser agentes socializadores en la política, ya que se trataba de incluir e integrar a otros jóvenes en la política, y por medio de esa acción, asegurar una continuidad de existencia de la organización en el tiempo.

### *“Los jóvenes”*

“Los jóvenes” es la categoría con la que se nombraba a los militantes que se encontraban entre los 20 y los 29 años de edad. Nuevamente la edad biológica se utilizaba como marcador. La descripción de Inés (22 años), fue de gran ayuda para comprender esto. Ella dijo que se sentía “joven”, y que gran parte de sus compañeros de militancia eran todos jóvenes. Enumeró algunos compañeros de la agrupación de 27, 24 y 25 años entre quienes la acompañaban en su cotidianeidad laboral y militante.

En esta enunciación la militante se distinguía de dos grupos: quienes eran “los más chicos” y quienes “pasaban los 30”. Respecto de los primeros, aseguró que estaba orgullosa porque “los más pibes” a pesar de ser tan chicos por lo general la tenían “muy clara” en política. Respecto de los que pasaban los 30 eligió referirse a su jefa, la senadora para la cual trabajaba, que tenía 32 años y consideraba como muy entusiasta

en la función pública, con amplio conocimiento del trabajo como senadora, pero también con un gran despliegue de índole territorial.

Esta distinción colocaba a Inés como parte de “los jóvenes” que militaban en su organización, y desde donde se vinculaba con otros jóvenes. De un lado estaban “los más pibes”, quienes eran los que le daban oxígeno a la participación y quienes le “metían pilas” y diversión al trabajo cotidiano. Por otro lado, aparecían otros jóvenes más grandes que a pesar de que superaban los 30 seguían siendo parte de la juventud, a veces con militancia territorial y también con cargos.

Otra entrevistada fue Luján, que tenía 20 años, participaba del Movimiento Evita, y además era estudiante de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata. Con ella tuvimos un solo encuentro individual de entrevista, y en ella me dijo que ella era parte de “los jóvenes”, también diferenciándose de “los más chicos” y de los “compañeros más grandes”, en este caso no solo por el criterio de edad cronológica sino también por el manejo de información, conocimiento y experiencia.

Ella consideraba a “lo más pibes” como con un alto nivel de criticidad sobre la información que circulaba y los enunciaba con la capacidad de búsqueda de datos para poder dar el debate informado sobre diversos temas. Los presentaba como “unos grosos”, sobre todo por su nivel de análisis en las discusiones políticas. Y, por otra parte, mencionaba a los otros compañeros más grandes de “30 y pico” como quienes guiaban las discusiones, y estaban más formados por su experiencia y trayectoria política.

Con esas valoraciones, la militante se colocaba en un lugar intermedio entre quienes recién empezaban y aquellos que pasaban los 30, pero un espacio intermedio que, en términos de saber hacer, tener experiencia, o capacidad de análisis, se encontraba en posición de inferioridad frente a los otros dos grupos de edad.

Tres cuestiones podemos sistematizar sobre este grupo. Por un lado, ocupaban el lugar de la representación por excelencia de “la juventud” por cumplir con el ideal de la edad biológica que todos marcan como “los jóvenes”. Ellos y ellas reflejaban la representación hegemónica del joven veinteañero.

En segundo lugar, y al igual que los “un poco grandes” solían hablar bien de los “más pibes” a quienes mencionaban como los más enérgicos dentro de la práctica política. Sin embargo, en detrimento propio, este carácter positivo de la energía y el sentido de proactividad colocado en los más pibes, los ubicaba en inferioridad sobre esas condiciones.

En tercer lugar, “los jóvenes” poseían una diferencia negativa en relación a “los más grandes” ya que al que “recién arrancar” en la política con el kirchnerismo, no acreditaban ni la experiencia ni la trayectoria de los treinteañeros, y por ello tampoco ocupaban posiciones dirigenciales ni en general responsabilidades de formación.

Y con este análisis, aparecía una gran paradoja. Los auténticos “jóvenes”, siguiendo el criterio cronológico, eran los que ocupaban la peor posición en el campo de disputas del capital político compuesto por los valores positivos dados a la pro-actividad y la capacidad dirigencial.

### *“Los más pibes”*

“Los más pibes” eran finalmente aquellos militantes que tenían menos de 20 años de edad. Por lo general los otros miembros de las organizaciones hacían la distinción por llamarlos los más “pilas”, los más “divertidos” y los que se formaban para dar el debate. Sin embargo, una curiosidad muy marcada es que “los más pibes” nunca se llamaban a sí mismos de ese modo.

Lo más chicos se enunciaban como “jóvenes” o como “parte de la juventud” sin hacer distinciones etarias con los otros miembros de sus organizaciones. Para ellos lo importante pasaba por pertenecer a las juventudes de las organizaciones, sin más cuestionamientos ni reparos.

Una de las entrevistas que me ha generado más ternura en este trabajo de investigación se produjo en el encuentro que tuvimos con Federico (17 años) en el café del Pasaje Dardo Rocha de La Plata en febrero de 2014. Recuerdo perfectamente su inocencia y su sensación de ser entrevistado por primera vez. En ese encuentro había costado reforzar el sentido por la entrevista etnográfica (y no periodística, como el prejuicio primaba) pero después de unos minutos, todo fluyó.

Fede era militante del Movimiento Evita y estaba en su último año del colegio secundario. Su militancia estaba repartida entre las acciones estudiantiles y las prácticas territoriales. Una de las primeras cosas que me dijo, en un tono entusiasta, es que él era “parte de la juventud” sin hacer separaciones entre los miembros de la agrupación. De hecho, frente a las repreguntas, se mostró indiferente a las edades, y dijo que no le importaba mucho el tema la edad, sino que fuesen todos compañeros. Su relato estaba cargado de experiencias, a tan temprana edad,

de hechos políticos con otros jóvenes, pero también con adultos de la agrupación y eso era más relevante para él que la cuestión etaria.

Romina (17 años) también se sentía parte de “una juventud”, la del Movimiento Evita, sin hacer distinciones de edad. Desde su punto de vista todos eran parte de la misma cosa dentro de la juventud, casi como algo homogéneo que formaba parte de la organización política que los contenía. En el relato de la joven no aparecía esta distinción que encontramos en los otros grupos intra-juveniles. Ella no había escuchado esa distinción y se sentía parte de la juventud.

Los militantes que formaban parte de “los más pibes” eran los únicos miembros de los agrupamientos juveniles que decían que la edad no les importaba, y que “todos eran los jóvenes” dentro del espacio al que pertenecían.

Una interpretación fue que esta negación a ser nominados como “los más chicos” representaba una discusión al criterio cronológico de construcción de los grados de edad por parte de los otros grupos –ambos superiores– dentro de estas organizaciones políticas. Asumir el criterio y ciertas valoraciones asociadas en su carácter hegemónico de obediencia a los mayores o inferioridad los colocarían en posición de desigualdad.

Eran “los más pibes” quienes estaban relegados por los otros, y adscribiendo a un criterio cronológico, a la espera de su turno, ya que la participación presentaba mayores posibilidades de acción para quienes eran más grandes. “Los más pibes” deberían transitar más tiempo para acercarse a las experiencias de los otros grupos, pero esto aparecía rechazado categóricamente por “los más pibes”. Esa negación a la distinción que les planteaban otros militantes se debía, en parte, a querer disputar el poder por los límites de la construcción de edades al interior de las organizaciones políticas, en coherencia tal vez con que “los más pibes” se mostraban entusiastas en poder dar discusiones en los distintos espacios en los que militaban.

## **Establecidos y recién llegados**

¿Cuáles eran las posibilidades de acción política que tenían los militantes en estas tres franjas etarias?

Acá hay una propuesta por desmenuzar el análisis que se viene proponiendo. De acuerdo a lo observado y los discursos que circulaban a lo

largo de todo el trabajo de campo, el dato cronológico era un marcador de edad y un constructor de diferencia entre los miembros de las agrupaciones. Coincidían en este sentido con el modelo hegemónico que divide y coloca a las personas en diferentes posiciones dentro de la sociedad de acuerdo a su edad biológica, asignándole responsabilidades, funciones y mandatos sociales desiguales según la posición que se ocupe. Esta lógica era reproducida al interior de estas organizaciones políticas.

Como parte de lo analizado, los “un poco grandes” se colocaban en un lugar que pertenecía a la juventud de la organización de la que formaban parte, pero ocupaban posiciones de dirigencia y referencia con tareas de responsabilidades en la formación de los nuevos militantes. Cabe agregar que muchos de ellos eran asesores, colaboradores o responsables en áreas públicas, y los que no lo eran, planteaban esa inserción como un horizonte de expectativa.

La cuestión de pertenencia a una juventud formada estaba asociada a la oportunidad de trabajar en el Estado y ocupar cargos públicos. De hecho, algunos de esos discursos mostraban que el criterio cronológico que se reproducía al interior de los agrupamientos los colocaba en un lugar de ser “un poco grandes” para la juventud, lo cual no les quitaba la capacidad de gestionar a la par de otros militantes, sea en el territorio o en la universidad, pero si los colocaba en un tiempo de descuento para dejar de ser parte de la juventud, y pasar a ser adultos.

Entre los militantes que eran parte de “los jóvenes” la distinción tenía que ver con estar entre los “más grandes” y “los más pibes” a pesar de tener pocos años más que ellos. Esto respondía a dos cuestiones visibles. En primer lugar, “los jóvenes” no creían estar cerca de esa frontera imaginaria que los acercaba a “los 30” y la posibilidad de salir de la juventud de su organización. Los alejaba su edad biológica. Y en segundo lugar, a pesar de ser apenas un poco más grandes que “los más pibes” se distinguían de éstos (inclusive a pesar de los atributos favorables que les atribuían) porque en la disputa de poder dentro de las organizaciones resultaba que “los jóvenes” eran en definitiva los más visibles dentro de “la juventud”.

Los jóvenes se colocaban en un lugar central, distinguiéndose de un “antes” y un “después” en el camino político, sabiendo que su participación los posicionaba en el centro visible, la franja de los “veintipico” que representaba un buen sector de la juventud, el más numeroso en nuestro trabajo de campo, aunque también era paradójal su situación

en torno a otros valores positivos que se atribuían a los más grandes (la experiencia) y a los más chicos (el empuje).

En último lugar aparecían “los más pibes”, aquellos sujetos políticos que tenían menos de 20 años de edad, que se reconocían como parte de la juventud sin distinciones al interior de la agrupación, pero que el resto los colocaban en un lugar inferior, ellos eran los “nuevos”. Más allá de los valores positivos que les adscribían a su presencia dentro de la agrupación eran colocados en el escalón más bajo, en el sentido que ellos, “los más pibes” recién empezaban y tenían un camino previo por recorrer, sujeto al dato biológico, para luego ser “los jóvenes” y más tarde pasar la barrera de “los 30”.

Justamente eran “los más pibes” quienes personificaban dos cosas muy marcadas al interior de las agrupaciones estudiadas: por un lado, eran valorados positivamente porque eran quienes personificaban la “promesa” dentro de los agrupamientos y eran capaces de representar una continuidad del proyecto político; y por otro, también eran los “recién llegados”, y es esta dimensión la que nos posibilita un análisis en términos de disputas.

El modo en el que se clasificaba el interior de la juventud militante remite, en parte, a repensar lo trabajado por Elias y Scotson (2000) respecto de las relaciones entre los “outsiders” y los “established” en la pequeña comunidad de Winston Parva, estudio que se vio revisitado por algunos autores, como Segura (2011) y Frederic (2004). El planteo es principalmente en dos sentidos.

En primer lugar, es particularmente importante señalar que, en coincidencia con Elias y Scotson (2000) cuando se refieren al “tiempo de residencia”, en el caso analizado la experiencia y trayectoria militante dentro de la organización política aparece como un factor de clasificación de sujetos. Es decir, los miembros “un poco grandes”, con más antigüedad y experiencia política, clasificaban a “los jóvenes” y “lo más pibes” como los recién llegados o los nuevos, posicionándolos en un lugar diferencial, por ejemplo, para la dirigencia. Esa diferenciación, tanto por su edad biológica como por los atributos —experiencia y trayectoria política— que eso representaba al interior de las organizaciones, daba cuenta de una conexión con el modo hegemónico de clasificación etaria dentro de la sociedad, por el cual algunos sujetos estaban listos para determinadas prácticas, y otros debían esperar.

En segundo lugar, permitió pensar que el señalamiento del tiempo de residencia y permanencia en la organización política también, y sobre todo, era traducido en grados diferenciales de cohesión social entre los sujetos que pertenecían a la misma organización. Eso se manifestaba de la siguiente manera: mientras se reivindicaba una participación conjunta, por ejemplo en las discusiones, propuestas y debates al interior de las organizaciones, a la vez se diseñaban actividades para los recién llegados que eran directamente “bajadas” por los otros miembros (los más grandes y los del medio) de la organización. Es decir, los miembros del grupo establecido se relacionaban con los recién llegados de una manera diferencial, más allá de algunas actividades de la órbita militante-laboral que efectivamente compartían.

Volviendo al texto de Elias y Scotson (2000) se puede retomar lo que señalaron respecto de la tendencia por parte de los “recién llegados” a aceptar como verdadera la imagen que de ellos construyen los “establecidos”. En este sentido, es interesante analizar que “los más chicos” se auto-percibían como parte de “la juventud” en el sentido de querer pertenecer, independientemente de la diferenciación etaria que articuló esta sistematización, y no como “los más pibes”. Este elemento es disruptivo en torno al caso de los autores revisados.

Resultó que los “recién llegados” no se reconocían en el discurso de los “establecidos”. Ellos consideraban que más allá de la edad, la diferencia por la cual se articula esta diferenciación relacional y de poder, lo importante era la acción política. Precisamente en ese aspecto, es donde los establecidos operaban para mantenerlos alejados, haciendo visible y palpable la disputa al interior del agrupamiento político.

Resulta importante destacar en este análisis como “los más pibes” presentaban la principal disputa identificada al interior de los agrupamientos juveniles. Eran ellos quienes al negar la división en franjas etarias de la juventud, los que querían efectivamente romper con este criterio cronológico que ordenaba de manera hegemónica los agrupamientos, y que los colocaba en una situación de desventaja: la espera. Ellos podían discutir, dar el debate y también eran escuchados, pero no accedían a cargos ni tomaban las últimas decisiones en las acciones políticas de su agrupación, por lo que se los arrojaba a la romántica imagen de los más jóvenes que significaban una “promesa” en la política,

con rasgos proactivos y vitalidad, pero quienes eran relegados porque debían esperar su momento.

### “Entrar a los codazos”

Nosotros tuvimos que abrirnos como podíamos, a los codazos o como podíamos, porque no había libertades. Pero cuando uno tiene la oportunidad de poder estudiar, cuando uno tiene la oportunidad de poder acceder a una universidad pública, nacional y gratuita, cuando uno tiene la posibilidad de poder expresarse con libertad, tiene también la obligación de comprometerse con la patria y a los que menos tienen, a los que todavía hay que llegar. Yo los convoco, yo los convoco a los jóvenes de los movimientos sociales, de las organizaciones sindicales, de las juventudes universitarias, de las juventudes territoriales, a todos, a transformarse en un colectivo que recorra el país, que vaya donde se necesita una mano, una ayuda solidaria. Parte del discurso de la presidenta Cristina Fernández en el acto “La juventud le habla a Néstor, Néstor le habla a la juventud”, realizado en el Luna Park el 14 de septiembre del año 2010.

La participación política del último período peronista argentino de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández significó una visibilización de las juventudes militantes en una década en la cual ya se venía dando un proceso de politización. La cita elegida para introducir esta sección es un ejemplo de la convocatoria a la participación política juvenil desde el poder ejecutivo, y que se repitió en reiteradas ocasiones en el período kirchnerista. En coincidencia con Kriger (2016) no nos referimos a una politización juvenil como un proceso específico, sino más bien “como una dimensión que es parte de una politización más amplia y compleja de una sociedad que, en última instancia, se vio obligada a recuperar la política para sobrevivir” (Kriger, 2016: 43). La autora estudió el ciclo de politización juvenil a partir de la crisis argentina de 2001 y estableció dos períodos dentro de él. El primero transcurrido entre 2002 y 2010, con una construcción de la juventud por los propios actores (desde abajo), con una re-identificación con la Argentina y una valoración por la política. El segundo período, a partir del 2010 con dos hechos trágicos, las muertes de Mariano Ferreyra<sup>8</sup> y la de Néstor Kirchner, que

---

8. El 20 de octubre de 2010 el joven militante del Partido Obrero y dirigente estudiantil de FUBA, de 23 años de edad, fue asesinado mientras apoyaba la protesta de los tra-

marcarían para la autora un cambio de momento y “el pasaje a la tercera invención de la juventud” (Kriger, 2016).

En este escenario, en la sección “La disputa interna” analizo cómo se dieron procesos de resistencia a esta avanzada de “la juventud” desde diferentes actores sociales. Si bien se alentó desde la cabeza del poder ejecutivo una participación juvenil y en general las estructuras partidarias parecían haberse sumado a la aceptación de dicha participación, se reconoció en nuestro análisis que seguían presentes algunas representaciones de los jóvenes como “incapaces” y que debían esperar por una cuestión etaria, su turno. En este sentido analicé discursos militantes en relación a las tensiones que se generaban al interpretar a los jóvenes y los viejos como representantes de la continuidad de una cultura política, aunque con rasgos nuevos<sup>9</sup>.

## La disputa interna

Cuando tenés que discutir con estos viejos carcamanes te miran como diciendo: “Pero pibe, ¿vos que querés? ¿Qué hacés acá? Tenés que agradecer que estás acá sentado. Y ¿tu turno? Andá a la cola, ya te va a tocar a vos” Esteban (29 años; La Cámpora, abogado y asesor político; 2012)

La resistencia que percibían los jóvenes que estaban trabajando en puestos de gestión estatal se hacía visible por medio de algunas representaciones que tenían sobre ellos los más grandes. Esteban formó parte de la Cámara de Senadores y fue muy contundente para definir la dificultad que tenía la juventud de integrar ese espacio de poder en el que él trabajaba.

Contó que si bien durante el kirchnerismo vio que entraron algunos pibes nuevos, como era su caso, todavía había una resistencia de otros miembros que los superaban en edad. Se trataba de personas que hacía “más de 50 años” estaban en la política y parecía que “no se querían

---

bajadores terciarizados de Ferrocarriles. Entre numerosas marchas, se estima que más de 50.000 personas llenaron la Plaza de Mayo repudiando este hecho y reivindicando la política.

9. La relación entre jóvenes y viejos al interior del peronismo tiene vínculo con la noción de “trasvasamiento generacional”, enunciada por Juan Domingo Perón en un mensaje enviado a la Juventud Peronista en 1967 para alentar a la participación (Vázquez, 2013).

mover”. Los calificó de “viejos carcamanes<sup>10</sup>” que tenían más de 70 años y que estaban acomodados en su “banquita”, de la cual no querían ceder espacio.

En su argumento crítico, lo que preocupaba tenía que ver con que eran ellos los que seguían manejando realmente la política. Una de las cuestiones por las que se planteaba la lucha dentro de los espacios de poder por un lugar para los jóvenes tenía relación con que la corporación política estaba impregnada por la falta de “renovación”<sup>11</sup>.

Inserto en ese panorama, el hecho de que estaba rozando los 30 años y tenía un puesto de asesoría en la Cámara de Senadores, Esteban lo vivía como algo que nunca en su vida “hubiese soñado” tan pronto, pero a su vez, sabía que esa corporación política tenía sus reglas y no le harían fácil el camino por eludirlas.

En estas apreciaciones aparecían argumentos donde los “viejos” de la política no querían ceder su lugar a la avanzada de los más “jóvenes”. Aquellos sujetos que hacía décadas participaban de la política tenían una representación sobre la juventud que los colocaban en un lugar de inferioridad, en el sentido de que los creían “incapaces” de estar al frente a las acciones del sistema político.

Circulaban discursos descalificatorios por los cuales los tildaban además de ser “incapaces” o “pendejos soberbios” que sólo estaban porque Cristina Kirchner se mantenía en el poder. Estas representaciones no mermaban el esfuerzo por pertenecer al sistema político por parte de los jóvenes en la búsqueda de lograr cambios, aunque eso significase entrar a los codazos.

Los jóvenes creían que había una deuda —y a la vez un desafío— que seguía pendiente y era que no se habían producido cambios estructural-

---

10. Resulta sugestivo imaginarse a un representante del pueblo entrado en edad como una persona “pretenciosa y con poco mérito” o “decrépto y achacoso”, como define la Real Academia Española para “carcamán” y “carcamal” respectivamente.

11. La apreciación por la falta de renovación excedía el peronismo y se refería al sistema político en general, y se detenía persistentemente en que esa “resistencia interna” era marcada tanto en espacios del “PJ” como entre los miembros de la “UCR”. Si bien había una estrategia por mostrar algunos “signos de cambios” por lo cual “aggiornaban” algunos modos de hacer las cosas, en definitiva, todo seguía funcionando de la misma forma. Era un sistema político donde persistían las “viejas formas” de hacer política, encarnadas en “viejos” participantes del sistema político, y eso era visto en detrimento del “aire renovado” que podían aportar los jóvenes con su presencia.

les en el modo de funcionamiento de la corporación política. Eso provocaba un sinsabor respecto a que no se había podido lograr un cambio en ese sistema político que se resistía a la juventud, y se reforzaba en su conservadurismo.

En este sentido, se distinguía entre los viejos de la corporación política que estaban “desde siempre”, alojados en el imaginario del peronismo menemista, de aquellos que formaron parte del kirchnerismo. En los discursos juveniles aparecía esta separación, y en la indagación por un por qué, esta cuestión se resolvía con que al kirchnerismo “no le había quedado otra” que utilizar la estructura partidaria del PJ, a la que ellos consideraban “viciada”, para poder gobernar. En esta mirada juvenil, se trataba de una estructura partidaria que debía renovarse con lo “novedoso<sup>12</sup>” de la militancia juvenil.

¿Qué libertad de pensamiento tenés en las diferentes ramas que en su momento planteó el peronismo? ¿Qué libertad de acción tiene un joven que trata de entrar en estos sectores? ¿De qué manera podés ingresar y tener una postura distinta? Es muy difícil. Por eso cuando hablamos de juventud hay un gran debate por cómo se puede acceder. Ramiro (33 años, peronista, abogado y asesor político; 2014)

Cristina ha tenido una gran virtud, contra muchos, desde dentro y desde afuera de la política, que ven como un peligro que la juventud empiece a tener participación, y darle espacio en el poder. Ramiro (33 años, peronista, abogado y asesor político; 2014)

Otra de las experiencias por hacerse un espacio en el proyecto político fue la de Ramiro, quien mostraba una postura crítica respecto del lugar que se le daba a la “herencia política” familiar. Según él, había algunos militantes que tomaban todo como “una cuestión familiar” y repartían cargos, lo que implicaba que se le quitase espacio a otros jóvenes sin herencia familiar que querían participar de la política, por no contar con un pariente o “gancho”.

De acuerdo a las diferentes conversaciones que había tenido con muchos referentes políticos con más trayectoria que él, creía que no

---

12. Si bien, como señalamos en esta tesis, no abonamos a la idea de que la militancia de los jóvenes dentro del kirchnerismo haya representado una “novedad” en términos de participación política, es importante señalar que gran parte de los discursos juveniles apuntaban y reproducían esos discursos mediáticos.

quedaba otra que intentar “entrar a los codazos”. Aunque le sonaba “lamentable” parecía que “era así” porque veía que en un momento en el que se querían abrir camino y masificar la participación política juvenil, había muchos políticos, por lo general adultos, que se resistían a que entrasen nuevas bocanadas de aire fresco dentro de la estructura política nacional.

Sumo dos cuestiones por las cuales estos militantes decían ser rechazados por parte de los adultos del sistema político, que permitirán sumar elementos para comprender la situación adversa que los rodeaba en la labor de gestión en el Estado.

Por un lado, los militantes reconocían la figura de Cristina Kirchner como la mandataria que había dado oportunidades reales a los más jóvenes, en contraposición a lo que ocurría en el sistema político. Consideraban que ese puntapié inicial que había dado la jefa del ejecutivo era esencial para tomar conciencia de que en un futuro próximo serían ellos quienes serían los “responsables del poder”. La posición que se tomaba establecía una diferenciación con aquellos que revelaban en sus discursos y apreciaciones que la juventud era “una amenaza” en el sistema político<sup>13</sup>. En ese sentido, se referían a algunos valores que aportaban a pensar un tipo de militante ideal, entre los cuales aparecía la cuestión de la “lealtad”, uno de los pilares del peronismo<sup>14</sup>.

---

13. Los discursos juveniles apuntaban a “la derecha” como la “otredad” y la responsabilizaban de “separar a la sociedad de la participación política” y sobre todo a los más jóvenes, es decir, quienes encarnarían “el futuro”. Para ellos no era simplemente “una retórica” cuando algunos políticos de la oposición decían que les preocupaba mucho la participación juvenil en política, ya que consideraban que efectivamente les preocupaba esa cuestión, debido a que esos jóvenes llegarían en “algún momento” a la administración pública.

14. Balbi (2003, 2007a y 2007b) estudió la cuestión de la lealtad en el peronismo considerándola como un valor moral. Según este autor, el concepto de lealtad fue introducido por Perón como parte de su concepción de la conducción política, siendo ambas nociones producto de la revalorización funcional de las concepciones militares de la “lealtad” y el “mando” o “conducción”. En cierto sentido, Perón concibió las relaciones entre lealtad y conducción en el mundo político como una suerte de inversión de las postuladas en el pensamiento militar. El “mando” militar se fundaba en posiciones jerárquicas preestablecidas, siendo la “lealtad” un complemento —aunque uno de extrema importancia— de la “obediencia” que resulta necesariamente del hecho de encontrarse en una posición de “subordinación”. En cambio, en la política no existían posiciones de mando preestablecidas, de modo que la conducción sólo podía ser el resultado de una “lealtad” previa que sentara las condiciones necesarias para la existencia de la “obediencia”.

Como ejemplo, Ramiro repuso una escena electoral del año 2009 cuando el kirchnerismo perdió las elecciones legislativas y había desencadenado un gran tema de discusión entre los militantes. La discusión tenía epicentro en que consideraron que había “tantos traidores” que, cuando vieron que las encuestas no iban bien, habían decidido jugar en el lugar “que les convenía<sup>15</sup>”.

Eso fue tomado como una traición irreconciliable por los militantes peronistas, al menos, durante el período kirchnerista. Se pensaba a la “fidelidad” o “lealtad” para con el proyecto como algo que no sólo dependía de los jóvenes, sino que debía asumirse en toda la organización. En ese sentido, se subrayaba que, si bien la “fidelidad” estaba representada en gran parte por “los jóvenes” que iban a seguir siendo “incondicionales” al proyecto político por convencimiento, también debían encontrarse espacios participativos de debate dentro de la estructura de poder, donde aún resultaba muy difícil entrar.

Por otro lado, entre los valores que los jóvenes veían como rechazados desde los puestos de trabajo en la gestión estatal, aparecía también muy visible la idea de un “compromiso” que excedía la gestión y también formaba parte de la militancia territorial.

La idea de compromiso político se resignificaba en vínculo con la fidelidad por el proyecto, en una militancia que coexistía a la gestión pública. De ese modo, por medio de la práctica política concreta, en el día a día, las convicciones de la juventud se mostraban en la fidelidad al proyecto político, algo que implicaba “poner el cuerpo” con ganas de cambiar la realidad. Esta argumentación daba cuenta de un tipo de militantes que presentaban una lealtad y un convencimiento acerca de un proyecto político que consideraba a la función pública como la llave de un cambio. Y esta era la cuestión que marcaba el rechazo a estos jóvenes y conformaba la resistencia interna.

Presento en detalle tres hallazgos que sobresalieron para comprender el rechazo interno en la gestión pública que explicaban los militantes juveniles.

En primer lugar, aparecía por parte de los jóvenes un repudio a la lógica de la herencia política familiar que detentaban algunos adultos. Se

---

15. La referencia del militante tenía que ver con otro espacio peronista que iría creciendo a partir de esa derrota, el massismo, y que se convertiría en símbolo de la división del peronismo en las elecciones posteriores de 2013 y 2015.

rechazaba la idea de otorgar acceso a la estructura política basado en el sistema de parentesco, aquellos que accedían por el hecho de tener “gancho” familiar. Para algunos de estos jóvenes eso tenía vínculo con el rechazo a quienes se negaban a darles oportunidades a los jóvenes para la renovación política, porque ellos creían que de esa forma los escasos lugares serían ocupados por los herederos de esa lógica de parentesco con la que estos jóvenes no acordaban.

Se identificaba a los responsables de esta cuestión como los políticos “más viejos”, aquellos adultos entrados en edad que no querían ceder su espacio a las nuevas generaciones, o “perder su banquita”, en vínculo con etapas políticas anteriores, y que al final de su ciclo político buscaban heredarlo a un “hijo” o “sobrino”. Es interesante analizar que mientras que algunos jóvenes situaban a los políticos “más viejos” con esta lógica de ingreso a la política por relaciones de parentesco, ellos no daban cuenta de los mecanismos con los cuales accedían, pero aún así se diferenciaban discursivamente.

En segundo lugar, aparecían repetidamente dos representaciones que algunos militantes peronistas adultos tenían sobre los jóvenes kirchneristas y que abonaban a ese rechazo ya expresado. Por un lado, los militantes eran tildados como “incapaces”, asociado a que esto era una característica de ser “demasiado jóvenes” para ocupar un lugar en el trabajo estatal, y sin un recorrido o trayectoria política que habilitase el cargo. Es decir, se repetía una representación hegemónica de la incompletitud de este grupo de edad. En este caso, los adultos veían a “los más chicos” con una valoración negativa, les faltaba experiencia para la política. Por otra parte, otro disvalor de esta juventud era su carácter de “soberbios” por formar parte de la organización La Cámpora, colocada en vínculo directo con la entonces presidenta Cristina Fernández.

Los relatos que traían estos jóvenes daban cuenta de que los trataban de “pendejos soberbios” que sólo “obedecían” a Cristina y que lograban hacerse “odiar” por el resto de los militantes. En ese sentido, el agenciamiento de la juventud era sometido a una fecha de vencimiento por la cual, de caerse el kirchnerismo, ellos también dejarían de existir.

Eran dos descalificaciones a la juventud, una por la edad asociada a la incapacidad, y otra por la adscripción política a La Cámpora.

En el primer caso, y retomando a Bourdieu (2000), los viejos aparecían con el interés de remitir a los jóvenes a la juventud<sup>16</sup>, por ejemplo, indicándoles que ya llegaría su “turno” para ocupar un espacio en la estructura del poder político; y, por otra parte, los jóvenes tenían un profundo interés en remitir a los “viejos” a la vejez, es decir, en ocupar el espacio de poder que los “viejos” ocupaban y no querían dejar de hacerlo.

El conflicto o disputa interna se daba a partir de la pérdida del “sentido de los límites” entre juventud y vejez, y en la disputa por “la transmisión del poder y de los privilegios entre las generaciones” (Bourdieu: 2000; 153)<sup>17</sup>.

En el segundo caso, se fortalecía la idea del rechazo interno por pertenecer a La Cámpora, agrupación que representaba directamente a la figura de Cristina Fernández de Kirchner y por lo tanto que posea una representación, o eran una instancia privilegiada de diálogo con la líder, frente a otros agrupamientos del peronismo.

Un tercer hallazgo, y en vínculo con lo dicho anteriormente, fue que los jóvenes valoraban la etapa del kirchnerismo como un momento de apertura a la gestión estatal, y principalmente a la ex presidenta Kirchner como la persona que motorizaba esa inclusión. Pero esa valoración positiva era acompañada del reconocimiento de un problema central.

---

16. Bourdieu (2000) describió la existencia de una frontera entre juventud y vejez que es objeto de luchas en todas las sociedades. Según este autor, de lo que se trata “en la división lógica entre jóvenes y viejos, es de poder, de *división* (en sentido de reparto) de los poderes. Las clasificaciones por edad (pero también por sexo, o por supuesto por clase...) vienen a ser siempre imposiciones de límites y producciones de un orden al que todos deben atenerse, en el que cada uno ha de atenerse en su lugar” (Bourdieu, 2000: 143). Para este autor la juventud y la vejez no son datos, sino que se construyen socialmente en esa lucha entre jóvenes y viejos, que es permanente, y las relaciones entre la edad biológica y la edad social son muy complejas, ya que la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable, y que el hecho de “hablar de los jóvenes como una unidad social, como de un grupo constituido, dotado de intereses comunes y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, ya constituye una manipulación evidente. Habr a que analizar al menos las diferencias entre *las juventudes*” (2000: 144).

17. Hobsbawm dio numerosas pistas sobre su preocupación por la “destrucción del pasado”. Se refirió a los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, como uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX, debido a que, en gran parte, “los jóvenes, hombres y mujeres, “crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven” (2014: 13).

En el juego de la transmisión del poder los jóvenes señalaban que estaban quienes se sumaban a un discurso de renovación política, en adhesión al de la ex presidenta Kirchner, pero que se quedaban solamente en lo discursivo, y se demoraba en reflejarse en la práctica política. Esto daba cuenta también de la dificultad y la conflictividad en la disputa por el manejo del poder político.

En este razonamiento se identificó la misma complejidad en las palabras de la ex presidenta (que citamos anteriormente) con las voces de los jóvenes estudiados. Es decir, por un lado, Kirchner describía que su generación se tuvo que hacer lugar en la política y abrir camino como podían “a los codazos” y sin libertades, y que veía un escenario nuevo de participación juvenil con nuevas “oportunidades” que antes ellos no tuvieron. Por otro, los jóvenes, si bien reconocían el esfuerzo desde Cristina por incorporarlos a las esferas de la corporación política, también sentían que se tenían que hacer lugar “a los codazos” porque había mucha resistencia a la renovación generacional en el sistema político.

Esta batalla pendiente excedía a la época y, por supuesto, a los contextos socio-históricos. La resistencia por la renovación generacional seguía dándose, como en momentos anteriores del peronismo. Kriger (2016) analizó esta cuestión planteando que, por ejemplo, en los '70 la idea de acceder al Estado era que el poder “se tomaba”, en vínculo con consignas de época como: “Ni golpe, ni elección, revolución”. En el período de reconstrucción en clave democrática, se pensaba que el poder “se construía”. En este caso, a pesar de las diferentes circunstancias históricas, y en un momento de apertura para la participación juvenil, la disputa por el poder en el Estado seguía colocando a la juventud en un lugar de rechazo interno por los actores del propio movimiento político.

## **La estigmatización externa**

Me interesó analizar también cómo algunas miradas de sujetos que no participaban en política incidían en la práctica cotidiana de militantes peronistas. Me interesó identificar esos estados de ánimo y emociones que aparecían notablemente en los relatos de las entrevistas y las observaciones. Me interpeló hablar del sufrimiento que se expresaba en esas declaraciones a un desconocido investigador.

Me detengo en mostrar cómo algunos jóvenes han sido etiquetados por sujetos externos a las organizaciones de las que formaban parte, con el propósito de iniciar procesos de estigmatización sobre ellos, sus prácticas, y a veces, sus proyectos políticos. Eran miradas de personas externas a los agrupamientos políticos que se referían a los jóvenes —y sus convicciones— cargados de prejuicios y un profundo desconocimiento de su militancia.

Goffman (2010) define al estigma como un atributo que produce un descrédito amplio y constituye una divergencia entre la identidad social virtual y la real, produciendo un aislamiento entre la sociedad y la persona. Utilizo esta categoría para pensar el etiquetamiento sobre la militancia juvenil.

Independientemente de los tres tipos de estigmas definidos por el autor<sup>18</sup>, la clasificación está estrechamente vinculada a cada situación que viva un sujeto por el sólo hecho de ser denigrado, y hay numerosos estudios que dan cuenta de eso<sup>19</sup>.

Inés me contó que mientras militaba en los barrios en reiteradas ocasiones se les acercaron distintas personas a discutirles sobre las medidas que tomaba el gobierno en ese momento. Pero no sólo era algo a la pasada, arrojando una queja o un agravio, sino increpándolos muy vehementemente con frases descalificadoras. Muchas me quedaron grabadas y anotadas en mis apuntes de campo. Le decía: *“Ustedes no entienden nada”, “Les están lavando la cabeza”, “No se dan cuenta de que las cosas no son así”*.

La principal acusación giraba en torno a que los consideraban solamente “fanáticos” de un proyecto político sin capacidad de reflexión. Y con estas descalificaciones que procedían del exterior de la organiza-

---

18. Goffman (2010) plantea tres tipos de estigma: en primer lugar, las deformaciones físicas; por otro lado, defectos del individuo como falta de voluntad, creencias, deshonestidad; y por último estigmas de raza, religión y nación.

19. En la línea de los trabajos de Goffman (2006; 2010), hay numerosos estudios que analizaron el estigma desde las situaciones conflictivas, enemistades, peleas así como su importancia en las relaciones de interacción entre jóvenes (Paulín, 2014; Tomasini, 2014; Di Leo, 2012), las humillaciones (Kaplan, 2009), la asociación entre formas de violencia y creencias estereotipadas con respecto a las diferencias de género, la naturalización de la violencia y la diversidad sexual y la xenofobia (Kornblit y Adaszko, 2008), y en torno a procesos de discriminación y estigmatización de jóvenes gays en sus escuelas (Molina y Maldonado, 2011), entre otras.

ción política, en situaciones en la calle, la joven argumentó una posición a la defensiva. Sostuvo que, en primer lugar, no todos los militantes estaban obligados a saber y dar respuesta por todo lo que ocurría en el gobierno; en segundo lugar, consideró que ninguno de ellos podía saber de todas las temáticas, para lo cual en los cursos de formación iban incorporando elementos novedosos que aportaban a los temas de discusión entre los miembros de la agrupación o la coyuntura política. También argumentó que cada vez que el gobierno implementaba una nueva medida, el jefe de gabinete “salía a explicar el por qué” de esa nueva política para generar la sensación de “transparencia en la gente y la militancia”.

En la entrevista me mostré muy interesado por esta mirada externa y le pedí que me cuente algún ejemplo. Entonces Inés eligió contarme una anécdota que la impactó mucho, y que tuvo que ver con la serie de actividades políticas que llevaron a cabo en La Ciénega como parte del programa Mirar para cuidar<sup>20</sup>.

La joven formó parte de un grupo de militantes que salió a relevar precios en los supermercados, como parte de una “lucha contra la inflación” y para evitar que aumentasen los precios que el gobierno había congelado en 500 productos básicos de la canasta familiar. En una de las reuniones de distribución del trabajo en el territorio, a ella y a otro militante les asignaron ir junto con un referente de Tigre, a controlar los precios de un supermercado de Nordelta<sup>21</sup>.

---

20. El 22 de mayo de 2013, la presidenta Cristina Kirchner pidió a los movimientos “políticos, sociales y juveniles” que conformaban el kirchnerismo que fuesen parte del plan “Mirar para cuidar” anunciado por el Gobierno para combatir la inflación. El pedido implicaba principalmente ocuparse de fiscalizar los valores de venta al público de productos que integran la canasta básica en todo el territorio argentino, utilizando el despliegue de las organizaciones populares, sociales, sindicales y políticas. El proyecto, se realizó en el marco del congelamiento de precios que se realizó en febrero de 2013, y se puso en funcionamiento el 1º de junio, junto con la canasta de 500 productos sin aumentos de precios. Algo similar había ocurrido en 2005 con Néstor Kirchner. Para ver más: [https://www.youtube.com/watch?v=TtVrzJgJ0\\_4](https://www.youtube.com/watch?v=TtVrzJgJ0_4) (último acceso: 10-5-17)

21. Nordelta es una localidad del Partido de Tigre, ubicado en la zona Norte del aglomerado gran Buenos Aires, que es reconocido socialmente por tener los countries y barrios privados más exclusivos de la provincia. Desde sus fundación en el año 2000 “Nordelta: es vivir muy bien” se presenta como una idea del empresario Julián Astolfoni que se originó en 1972, con el antecedente las Villes Neuves de París y otros emprendimientos urbanís-

Con la incertidumbre de no saber a dónde iban, pero con la convicción de militar en el lugar asignado, Inés y sus dos compañeros se encontraron con un lugar desconocido, y con un supermercado que les “¡parecía un palacio!” al cual tuvieron que ingresar y comenzar a registrar en las planillas los precios que se mostraban en góndolas. La joven fue muy precisa al indicar que tenían la orden de “no contestar nada” de lo que les preguntasen tanto empleados de la empresa como clientes. Sólo debían remitirse a informar que la tarea única era relevar los precios eximidos, para luego elevar a través de la realización de un informe a la Secretaría de Comercio para su posterior análisis, y determinar si se cumplía o no con el acuerdo de precios.

Nos dijeron de todo... Era un lugar cheto mal. Me acuerdo que una señora me pasó por al lado más o menos 10 veces, y que cada vez que pasaba me gritaba “qué olor a mugre” y hacía un gesto como que se tapaba la nariz, y después me miraba a ver si yo la estaba mirando. Y yo nada, no le respondía, seguía anotando los precios. Y a los dos minutos volvía y decía “qué olor a mugre”... Después también nos decían “Está lleno de negros”, “Se llenó de negros el supermercado”, “Chantas”, “Ladrones”, de todo... Inés (22 años; La Cámpera; estudiante universitaria; asistente de una representante del Senado; 2014)

Para algunos jóvenes peronistas la experiencia de poner el cuerpo en actividades políticas de la organización los colocaba frente a frente con lugares y espacios tan diversos, como, por ejemplo, en este caso, sufrir insultos, menosprecio y descalificación (“negros”, “con olor a mu-

---

uticos de Europa, y con la intención de “atender una demanda insatisfecha, dado que en Gran Buenos Aires no había urbanizaciones que pudieran ofrecer adecuadas infraestructuras de saneamiento y demás servicios, junto con una planificación urbanística racional, integrada y previsible en el futuro”. El proyecto fue aprobado en 1992 por la Provincia de Buenos Aires y en 1998 Julián Astolfoni y Eduardo Costantini se asociaron para comenzar a hacer realidad la idea. 1999 fue el año de lanzamiento del primer barrio (La Alameda) y en 2000 se entregó el primer lote para su construcción. En menos de 15 años Nordelta se convirtió en la primera Ciudad Pueblo de la Argentina, con más de 30.000 habitantes disfrutando un nuevo estilo de vida. Su desarrollo está regido por el plan director aprobado por Ley Provincial, lo cual a diferencia de otro tipo de emprendimientos, le da a Nordelta un alto grado de previsibilidad. Hoy se constituye en un Núcleo Urbano, que cuenta con todos los servicios que se encuentran en las ciudades. Ver más en [www.Nordelta.com](http://www.Nordelta.com) (último acceso 11-12-15).

gre”) en una jornada en el centro comercial de Nordelta. El intento de estigmatización narrado por esta militante tiene vínculo con algunas etiquetas históricas que tuvieron lugar en la sociedad argentina respecto de los sectores populares desde el comienzo del peronismo.

Dos estudios, muy distintos entre sí pero con alguna relación con lo académico, permiten la aproximación a los significados sociales que el término “negros” o “cabecitas negras” tenía para las clases altas y medias de Buenos Aires. El primer estudio desde la sociología fue el de De Imaz (1965), quien implementó una encuesta a miembros de la clase alta de Buenos Aires a fines de los años cincuenta (luego de la caída de Perón). Entre 1958 y 1959 De Imaz formulaba la preguntaba: “A veces la gente habla de ‘negros’ o de ‘cabecitas negras’. ¿Considera usted que esos términos son simplemente despectivos o que reflejan realmente a un grupo social?”. Entre las respuestas, el 55% afirmaba que reflejaba “una realidad social”, mientras un 36% decía que era un término despectivo. Luego el autor preguntaba: “¿Cree usted que dichos titulados ‘negros’ o ‘cabecitas negras’ también podrán con el tiempo ascender en la escala social. O mejor, que ascenderán?” El 49% respondía que no ascenderían, mientras que el 42% aseguraba que “ascenderían o podrían ascender” (De Imaz 1965: 51).

El otro estudio fue el análisis antropológico realizado por Ratier (1971) que por primera vez tomó como objeto de análisis al “cabecita negra” y por medio de información del trabajo de campo en sectores populares y de sus vivencias, combinó la denuncia con un análisis de los significados del término. Se trató del análisis del racismo argentino, con los términos “cabecita” y “negro”, de las relaciones clase y raza, o de la noción de “blanquitud” (Ratier 1971: 9).

El autor confrontó el imaginario de que “Argentina no es un país racista” con algunas prácticas de exclusión de lo no-blanco, explicando “el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasi-racista de porteños y provincianos: ser ‘negro’ era ser peronista, y viceversa. Y los negros pisaban fuerte” (Ratier 1971: 13). Ratier entendía que había un racismo más “por omisión que por afirmación” (Ratier 1971: 17), porque se pensaba –más de lo que se decía– que las “razas” europeas eran superiores; y para el autor el racismo forma parte del “bagaje ideológico con que se organizó el país” y, sobre todo, a partir de las migraciones internas y el año 1945.

Ratier puntualizaba: “todas las armas son buenas en el enfrentamiento, incluido el prejuicio racial. Son ‘negros ensoberbecidos’, ‘cabecitas negras’” (1971: 32). Tanto para De Imaz (1965) como para Ratier (1971) “negros” y “cabecitas negras” resultaban sinónimos. Y Ratier planteaba que un rasgo clave que definía a los “cabecitas negras” es que eran peronistas<sup>22</sup>.

Grimson (2016) analizó la interseccionalidad de identificaciones de clase, étnicas y raciales presentes durante el 17 de octubre de 1945 en un estudio que dio cuenta de cómo se construía un “otro” negro (en el sentido argentino de “no-blanco”) que resultó crucial para poder definir la propia identidad blanca, europeísta, urbana, educada y antiperonista.

Para este autor el estereotipo “tomó la parte por el todo y, arrojando vituperios racistas sobre los sectores más débiles, postuló que esas eran las bases del peronismo. Las clasificaciones sociales del color en la Argentina presentan la peculiaridad de que blanco y negro aluden, más que al color de piel, a la jerarquía de clase y étnica de las personas. Y además “negro” se asocia directamente a su identificación política” (Grimson, 2016: 49).

Para Grimson la presencia de los “cabecitas negras” en Buenos Aires destruyó el mito de la homogeneidad y singularidad argentina, y produjo como reacción una visión racial de una clase media blanca durante la época peronista (Adamovsky, 2010 y Garguin, 2007). Asimismo, hace algunas décadas, Colin Winston (1983) y más recientemente Natalia Milanesio (2010) afirmaron que fue la clase media (y un número de intelectuales posteriores) los que denostaron y racializaron a los militantes peronistas llamándolos “cabecitas negras” (Winston 1983: 312; Milanesio 2010).

Vuelvo al ejemplo que contó Inés. El intento de estigmatización realizado en el supermercado de Nordelta por adultos antiperonistas hacia jóvenes militantes se puede asociar a esta cuestión planteada en la historia del peronismo por la cual resultaban indignos aquellos quienes

---

22. Por su parte, Germani (1973) también se detuvo unas líneas en la noción de “cabecita negra” al referirse al componente criollo de la nueva clase trabajadora. Según este autor fue tan prominente la presencia de esos nuevos trabajadores que produjo “la aparición del estereotipo de “cabecita negra”, que a su vez fue sinónimo de peronista. Como todo estereotipo, poseía grandes distorsiones, pero también una fuerte base de realidad (Germani, 1973: 466).

apoyaban a Perón, y se los homogeneizaba como “no-blancos”. Es decir, los jóvenes que adherían al peronismo, y en particular a La Cámpora, eran “negros” con “olor a mugre” por el hecho de ser peronistas, y no por el color de su piel. Esto da cuenta de la vitalidad estigmatizante que se presenta en el escenario político y que contribuye a desmentir el imaginario de una Argentina “libre de prejuicios étnicos” (Caggiano 2010; Adamovsky 2010; Grimson, 2012; Frigerio 2006 y Segato 2007).

Una característica novedosa de estas interacciones era que los militantes asumían ese tipo de situaciones como “parte del juego” y si bien en cualquier otra circunstancia hubiesen podido responder de otro modo, el hecho de estar militando “con la camiseta” y con los condicionamientos rigurosos que se les plantearon previamente desde La Cámpora, su tarea, además de relevar precios, implicaba tolerar la violencia verbal.

Inés se emocion  en una parte del relato. Pude percibir que era el recuerdo de la bronca por tener que soportar eso. Pero inmediatamente se repuso y contó que estaba resignada a aceptar que otras personas pudiesen decir cualquier cosa sobre su persona, y que debía soportarlo como algo que era inherente a la práctica política.

Efectivamente, este tipo de prácticas eran parte de una estrategia política por la cual se era visible como organización y, a la vez, se soportaba la estigmatización. Se vivía como una práctica de militancia más, por la cual se fortalecía la concepción de “la patria es el otro<sup>23</sup>”.

Vuelvo a hablar de Esteban para presentar otra forma de estigma que aparecía en los relatos juveniles y que tenía que ver con la asociación de los jóvenes con “la joda”, el ocio y la diversión. Algunos militantes daban cuenta de escenas por las cuales se los sospechaba de vagos dentro la actividad política. Esto tenía relación con la noción hegemónica de juventud en la moratoria y, por lo tanto, únicamente en la diversión.

Mis amigos se creen además que una reunión es ir a enfiestarse, a estar todos de joda (risas). Y las reuniones a veces son un bodrio. A veces son mal simas. Tenés que comerte tres horas sentado escuchando a alguno que

---

23. La frase pertenece a uno de los slogans del gobierno de Cristina Kirchner quien dijo que “si no se quiere al pueblo, si no se quiere al prójimo, es imposible querer a la patria. La patria es el otro, la patria es el prójimo. Por eso, no nos olvidemos nunca de eso, la patria es el otro, no es un concepto vacío, no es un concepto abstracto” el 2 abril de 2013 en su discurso en Puerto Madryn. Puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=r7nhkc-1MsPc> ( ltimo acceso: 10-5-17).

habla cualquier cosa... Pero bueno, ahí en esas reuniones hay veces que se tratan cosas importantes, y a veces no, a veces se habla de cualquier boludez. Pero tenés que estar! Y ellos me dicen que yo estoy de joda, que tengo ocio en las reuniones. Y me da bronca. Esteban (29 años; La Cámpora, abogado y asesor político; 2012)

Este relato de Esteban permite ver, por un lado, cómo la participación política puede generar diferencias en el grupo de pares, sobre todo aquellos que no se veían interpelados con la política. La noción peyorativa de la política como ocio (utilizando la noción hegemónica de ocio como no productividad y liviandad) servía para desvalorizar la militancia como trabajo y/o compromiso.

En otros espacios de sociabilidad también sucedían interpelaciones despreciativas de su accionar. Esteban contó que en el gimnasio a donde iba en su barrio había vivido una escena que lo había indignado, cuando otro joven se había puesto a gritar que en el gobierno eran todos “unos ladrones” y él le dijo que “no quería participar de esa charla” y se fue, lo que repercutió en que todos pensaban que era “un loco” por apoyar al gobierno de Kirchner. Eso a él le causó “mucho bronca” porque sentía que había una relación desigual entre quienes decían ser opositores y podían decir cualquier cosa y ellos, los militantes, que enseguida eran increpados o etiquetados como corruptos por su adscripción política.

Este tipo de situaciones eran narradas como algo habitual en la vida de cada militante, sólo que a veces era algo que, si bien se contaba como una cuestión naturalizada, se padecía en lo emocional. Para Esteban la situación podía tener algunas explicaciones más profundas cuando se trataba de discutir con amigos, con quienes a veces gritaban, pero se terminaban poniendo de acuerdo o respetando porque primaba la amistad, pero en casos como el del gimnasio, optaba por el silencio, como factor de cuidado, ya que tem a que pudiese haber algún tipo de agresión física.

Así como la mayoría eran experiencias de rechazo en los “externos”, en algunos casos estuvo en interacciones empáticas. Ese mismo día me contó que una vez fue a comprar una pizza con la remera de Cristina a un local del centro platense, sin percatarse de cómo estaba vestido, y que lo había sorprendido que otro cliente que estaba esperando su pedido se le acercó y le dijo “Que buena remera”.

Al salir del local con la caja de pizza en la mano, se fue de regreso a su casa pensando que era “una excepción” porque en casi todos lados encontraba gente que “bardeaba”, y que probablemente si te veía con una remera de La Cámpora dir a otras cosas, como “Mir , ahí va el chorro”, “Es todo un choreo”, “Son todos corruptos” o “Es todo una mierda”.

Al hablar de corrupción, uno de los temas sensibles durante el último tramo del kirchnerismo, Esteban se detuvo en que muchos allegados le decían que sabían que él no robaba, pero no podían decir lo mismo de otros militantes de su agrupación, entonces eso no les generaba seguridad. El joven repuso esa situación para indicar que él mismo creía que eso que le decían sus amigos ser a “muy frecuente” entre los militantes, y que, a fin de cuentas, gran parte de ellos no participaran de hechos de corrupción, aunque por un puñado de corruptos en otras esferas, fuesen tildados como “parte del montón”.

En vínculo con la mirada bajo sospecha que parte de su entorno tenía respecto de la política y la corrupción, el militante dijo que muchos amigos despolitizados no sólo le decían que la política era “mala”, sino que, a la vez, le pedían que el día que “llegase” les diese “un carguito”, lo cual le parecía contradictorio.

Yo le digo a mi amigo,  c mo es boludo? Vos te quej s de la corrupción, me decís que todos roban, y después me pregunt s por algún carguito? Yo no te voy a dar un choto. Sólo a los que yo crea que merezcan. Si es que alguna vez yo llegara a tener la posibilidad. Esteban (29 años; La Cámpora, abogado y asesor político; 2012)

Con los ejemplos de estos dos militantes, pude hilvanar algunas experiencias que vincularon la práctica política con la mirada externa que estigmatizaba (Goffman, 2010) la militancia juvenil.

Los casos de descalificaciones externas se daban en cuatro formas. En primer lugar, los jóvenes aparecían sospechados de su “capacidad” de gestión en el ámbito de la política. En vínculo con los casos de resistencia al interior de los espacios políticos ligados a la gestión estatal –donde los viejos los descalificaban por no estar listos para la práctica política– en las experiencias por fuera del ámbito de la política también aparecían representaciones de los jóvenes como “incapaces”.

En segundo lugar, los consideraban sujetos ligados al ocio –aún en la práctica política– fortaleciendo la idea de moratoria social hegem ni-

ca. Estas fueron dos imágenes culturales fuertes porque tendían a limitar la capacidad de acción juvenil.

En tercer lugar, aparecía una lectura de clase racializada –“negros”, “olor a mugre”– en vínculo con una etiqueta histórica del peronismo. Es decir, no era algo puntual del kirchnerismo, sino que ese etiquetamiento se sujetaba a una historia con el peronismo.

Y, por último, una lectura del tipo moral por la cual a estos jóvenes los consideraban “soberbios” y “chorros” en vínculo con la adscripción política –principalmente– a la organización La Cámpora.

Las interacciones con etiquetamientos, discriminación, desvalorización y/o acusación eran vividas como algo profundamente angustiante. Cada uno presentaba modos distintos de sobrellevar esas situaciones. Como se vió en el caso de Inés en el supermercado de Nordelta se soportaba para poder llevar a cabo la acción política, y en el ejemplo de Esteban en el gimnasio de su barrio platense era vivida con paciencia para poder mantenerse en grupos de pares.

Estos dos ejemplos dieron cuenta de una modalidad de práctica de la agrupación naturalizada como parte del “oficio” de la política donde se optaba por el silencio y la no confrontación como un recurso necesario para la acción política.

## Hallazgos

En primer lugar, analicé la noción de generación, describiendo los rasgos por los que se consideró a estos jóvenes como parte de “unidades generacionales”, y el procesamiento de la edad que realizaron las personas en estudio en sus organizaciones políticas. En segundo lugar, hubo dos análisis unidos por el rechazo a la juventud militante. Se dio cuenta de caracterizaciones que los jóvenes hicieron acerca de la resistencia interna que presentaba el sistema político al momento de sus inserciones laborales y de cómo algunas miradas externas de sujetos que no participan en política inciden en la práctica militante juvenil.

Resumo los principales hallazgos de cada uno.

Sobre el análisis generacional, las nociones de Mannheim reafirmaron un sentido que trabajé en mi investigación, acerca de la importancia de no homogeneizar a las juventudes políticas. La comprensión de los conceptos “posición generacional”, “conexión generacional” y “unidad

generacional” permitieron relacionar a las organizaciones juveniles en el marco de un proceso histórico y social que, junto con la condición etaria, explican modos de acción política.

Las agrupaciones La Cámpora y el Movimiento Evita en la ciudad de La Plata, independientemente de las prácticas aglutinantes de cada organización, formaban parte de diferentes “conexiones generacionales”, que encontraban puntos de encuentro en la participación política. También los militantes se distinguían, de acuerdo a sus intereses, como parte de distintas “unidades generacionales”.

El punto de encuentro entre ellas estaba dado por un “significado emocional” que compartían los militantes por un mismo proyecto político. La participación en esas “unidades generacionales” tenía un efecto socializador entre sus miembros por el cual la consigna compartida por la experiencia misma de la militancia funcionaba como un “agitarse juntos”, en términos de Mannheim (1991), frente a un camino político.

Es decir, las “unidades generacionales” que existían en ambas agrupaciones compartían el “qué” se debía hacer en política para mejorar la vida de las personas. Una diferencia importante entre ambas, tenía que ver con el “cómo” debía transcurrir ese “cambio”, es decir, de qué manera se debían implementar las políticas del proyecto y con qué prácticas cotidianas se debían profundizar los cambios.

All  era donde las lógicas políticas de La Cámpora y el Movimiento Evita chocaban, por ejemplo, en la diferenciación de recursos para la realización de una militancia territorial o en la distinción marcada de acceso a recursos estatales. También esas “unidades generacionales” eran capaces de propagar sus intereses por fuera de su “unidad generacional”, e inclusive su “conexión generacional”, para persuadir a otros sujetos con los que compartían la “posición generacional” a fin de que puedan insertarse en esos agrupamientos.

Sobre el procesamiento de las edades pude analizar una tipificación construida a partir de las fronteras que establecían los jóvenes al interior de su sector. La delimitación de etapas en “un poco grandes”, “los jóvenes” y “los más pibes” permitió ver cómo los sujetos organizaban sus experiencias en relación con su condición etaria y las formas de relacionarse con los otros jóvenes dentro del mismo espacio político.

El dato cronológico era un marcador de edad y un constructor de diferencia entre los sujetos, en coincidencia con el modelo hegemónico que divide y coloca a las personas en diferentes posiciones dentro de la

sociedad de acuerdo a su edad biológica, asignándole responsabilidades, funciones y mandatos sociales. Esta lógica, entonces, se reproducía al interior de las organizaciones políticas.

Analiqué como había “establecidos” y “recién llegados” (Elias y Scotson, 2000) y cómo, en coincidencia con los autores, el “tiempo de residencia” en la organización política aparecía como un factor de clasificación de sujetos y era traducida en grados diferenciales de cohesión social entre los sujetos que pertenecían a la misma organización. Los “recién llegados” no se reconocían en el discurso de los “establecidos”.

Sobre la disputa interna del sistema político, los jóvenes que participaron de las esferas de poder en la gestión estatal durante el kirchnerismo repudiaban, por un lado, la “herencia política” familiar, es decir, a quienes le otorgaban los accesos a la estructura política a partícipes de su familia; y por otro, emergía un rechazado a quienes se negaban a darles oportunidades a los jóvenes para la renovación política. También los jóvenes, si bien reconocían el esfuerzo desde Cristina por incorporarlos a las esferas de la corporación política, sentían que se tenían que hacer lugar “a los codazos” porque había mucha resistencia a la renovación generacional en la participación política.

En cuarto lugar, presenté experiencias que vincularon la práctica política con la mirada externa que estigmatizaba (Goffman, 2010) la militancia juvenil. Las nominaciones analíticas trabajadas daban cuenta de cómo los jóvenes peronistas eran etiquetados de tres maneras: como “incapaces” o ligados al “ocio” coincidiendo con la moratoria social hegemónica; como “negros”, con “olor a mugre” desde una concepción de clase racializada –y con anclaje en el peronismo–; como “soberbios” y “chorros” –desde el tipo moral– en vínculo con la adscripción política a la organización La Cámpora.

## *Epílogo*

En la vida hay experiencias significativas.

En estas páginas me permití como sujeto dar cuenta de dos procesos. Por un lado, como investigador, explicar un tipo de conocimiento nuevo sobre la militancia juvenil en el peronismo y en Argentina, como resultado de una investigación, mostrando apenas algunos hallazgos que quise destacar sobre un trabajo más extenso y complejo al que se puede acceder en la tesis doctoral de manera libre. Un trabajo que, además, forma parte del sistema científico argentino, y que pudo ser financiado en parte por CONICET por medio de la beca doctoral.

Por otra parte, en estas páginas me permití explorar un costado más personal. Desde la elección de las personas y acciones descriptivas, pasando por el tono del texto y centrándome en los vínculos personales, pude trazar algunas conexiones emocionales propias en el trabajo de investigar.

Esos sentimientos que eventualmente el devenir académico restringe o sólo propicia al debate interno entre los investigadores, pero que se alejan de los documentos que se presentan como resultados en el sistema científico.

Y con esto, aparecieron inquietudes nuevas ¿Será un libro de interés para aquellos que investigan o simplemente lo considerarán un texto catártico?

En cualquier caso, escribir también propicia al encuentro con uno mismo y a la reafirmación de la ciencia como posibilidad de transformación del mundo –por medio del conocimiento generado, como un granito de arena más– y también a la superación de uno mismo –en mi caso, por medio de la exposición de los procesos vividos en la tarea de investigación–.

Un sujeto sujetado a un sistema y un contexto familiar y epocal que condiciona y atraviesa.

Siento que con este texto puedo reafirmar mi interés por la investigación y la escritura.

Siempre es una posibilidad volver a encontrarme en los ojos y gestos de un entrevistado para poder escuchar y reanimar el deseo por el encuentro con otra voz y otra historia.

Investigar como modelo de encontrarse.

Querer saber sobre otros y revisar quien soy.

La investigación como espacio de pensarnos.

Son pinceladas de encuentros que ya son historia y se eternizan en papel.

## Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2010), *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Alonso, Luis Enrique (1998), “*La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*” Vol. 218. Editorial Fundamentos.
- Balbi, Fernando Alberto (2007a), *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Serie Antropología Política y Económica. Buenos Aires: GIAPER - Editorial Antropofagia.
- Balbi, Fernando Alberto (2007b), “La dudosa magia del carisma: Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo” *Avá*, (11), 11-38.
- Balbi, Fernando Alberto (2003), “La lealtad antes de la lealtad: honor militar y valores políticos en los orígenes del peronismo”. En: A. Rosato y F.A. Balbi (eds.): *Representaciones sociales y procesos políticos*. Estudios de Antropología Social. Buenos Aires: Centro de Antropología Social - Instituto de Desarrollo Económico y Social & Editorial Antropofagia.
- Biland, Émilie (2011), “Les transformations générationnelles de la politisation dans les collectivités territoriales”, *Politix*, vol. 4, n° 96, pp. 17-37.
- Bourdieu, Pierre (2000), *Cuestiones de Sociología*. Madrid: Istmo.
- Caggiano, Sergio (2010), *El sentido común visual*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Calhoun, C. (2001) “Putting emotions in their place”. See Goodwin, et al. 2001. Pp. 45–57.
- Chaves, Mariana; Galimberti, Carlos y Mutuverría, Marcos (2016), “ ‘Cuando la juventud se pone en marcha el cambio es inevitable’: juventudes, acción política, organizaciones y Estado en Argentina” en Vommaro, P. Cuadernos de Pensamiento Crítico, *Movimientos juveniles y revoluciones sociales en el Siglo XXI*, La Habana: Ruth Casa Editorial. Pp. 47-68.
- De Imaz, José Luis (1965): *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires: UBA.
- Dubet, F. (2012) *Repensar la justicia social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Eisenstadt, Shmuel Noah (1956), *From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure*. Transaction Publishers.
- Elias, N. & Scotson, J. (2000) Os estabelecidos e os outsiders. J. Zahar, Rio de Janeiro.
- Frigerio, Alejandro (2006), “‘Negros’ y ‘blancos’ en Buenos Aires. Repensando nuestras categorías raciales” en *Temas de patrimonio cultural*, 16, 77-98.
- Garguin, Enrique (2007), “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina”, en: *Nuevo Topo*, 4, 85-108.
- Germani, Gino (1973), “El surgimiento del peronismo. El rol de los obreros y los migrantes internos” en: *Desarrollo Económico*, 13, 51, 435-88.
- Goffman, Erving (2010), *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, Erving (2006), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Grimson, Alejandro (2016), “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945”, *desigualdades.net Working Paper Series 93*, Berlin: desigualdades.net International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Guber, Rosana (2001), *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Editorial Norma.
- Gusfield, Joseph (1957), “The Problem of Generations in an Organizational Structure”, *Social Forces*, Vol. 35, nº 4, pp. 323-330.
- Jennings, M. Kent; Laura Stoker y Jake Bowers (2009), “Politics across Generations: Family Transmission Reexamined”, *The Journal of Politics*, Vol. 71, nº 3, pp 782-799.
- Hobsbawm, Eric (2014), *Historia del Siglo XX*. 10° edición 11° reimpresión. Buenos Aires: Crítica.
- Jasper, James (2012) Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, vol. 4, núm. 10, pp. 46-66 .
- Jasper, James (1998) “The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements”, in: *Soc. Forum* 13:397-424.
- Jennings, M. Kent (2002), “Generation Units and the Student Protest Movement in the United States: An Intra- and Intergenerational Analysis”, *Political Psychology*, Vol. 23, nº 2, pp. 303-324.
- Kawulich, Bárbara (2005), “La observación participante como método de recolección de datos” en *Forum: qualitative social research* (Vol. 6, No. 2, pp. 1-32).

- Kruger, Miriam (2016), *La tercera invención de la juventud: dinámicas de politización juvenil en tiempos de la reconstrucción del Estado-Nación*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Laclau, Ernesto y Lechner, Norbert, eds (1981), *Estado y política en América Latina*. Mexico: Siglo XXI editores.
- Leccardi, C. & Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías de la juventud. Última década, 19 (34), 11-32.
- Maffesoli, Michel (2007), "Tribalism and Hospitality". En J. LARROSA (ed.): *On Generations. On coexistence between Generations*. Barcelona: Fundació Viure i Conviure.
- Mannheim, Karl (1991), *El problema de las generaciones*, REIS No. 62.
- Milanesio, Natalia (2010), "Peronists and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change", en: Karush, Matthew y Chamosa, Oscar (2010), *New Cultural History of Peronism*, Durham: Duke University Press.
- Mutuverría, Marcos (2017), "Juventud y participación política: la condición juvenil en el peronismo platense contemporáneo" Tesis Doctoral. Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.
- O'Donnell, Guillermo y Wolfson, Leandro (1993), "Acerca del Estado, la Democratización y Algunos Problemas Conceptuales" en *Desarrollo Económico* Vol. XXXIII N° 130. pp. 163-184.
- Oszlak, Oscar (2003), "El mito del Estado mínimo: una década de reforma estatal en la Argentina" en *Desarrollo Económico* Vol. 42. pp. 519-543.
- Panizza, Francisco (2008), "Fisuras entre Populismo y Democracia" en *Stockholm Review of Latin American Studies*, Issue No. 3, pp. 81-93.
- Perelmiter, Luisina (2011), "Saber asistir: técnica, política y sentimientos en la asistencia estatal. Argentina (2003-2008)" G. Vommaro y S. Morresi (comps.), *Política y expertise en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Prometeo.
- Perelmiter, Luisina (2010), "Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)". A. Massetti, E. Villanueva y M. Gómez (comps.), *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce. pp. 137-156.
- Ratier, Hugo (1971), *El cabecita negra*, Buenos Aires: CEAL.
- Reguillo, Rossana (2012), *Culturas juveniles: formas políticas del desencanto* (No. 316.35). Siglo Veintiuno Editores.
- Reguillo, Rossana (2005), "Ciudad, Riesgos y Malestares: hacia una antropología del acontecimiento" en García Canclini (comp) *Antropología Urbana en México*. México: FCE.

- Rintala, Marvin (1963), "A generation in Politics: A Definition", *The Review of Politics*, vol. 25, n° 4, pp. 509-522.
- Sautu, Ruth et al (2005), *Manual de metodología: construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Clacso.
- Segato, Rita (2007), *La nación y sus otros*. Buenos Aires: Prometeo.
- Tessler, Mark; Carrie Konold y Megan Reif (2004), "Political generations in developing countries", *Public Opinion Quarterly*, vol. 68, n° 2, pp. 184-216.
- Turner, Víctor (1988), *El proceso ritual. Estructura y Anti-estructura*. Madrid: Taurus, pp. 101-136.
- Vasilachis De Gialdino, Irene (1993), *Métodos cualitativos*. Centro Editor de América Latina.
- Vázquez, Melina (2014), "Militar la gestión: una aproximación a las relaciones entre activismo y trabajo en el Estado a partir de las gestiones de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina" en *Apuntes: Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 41, N°74, pp. 71-102.
- Vázquez, Melina (2013), "Youth as a militant cause: Some ideas about political activism during Kirchnerismo", en *Grassroots, International Sociological Association*, 2013.
- Vessuri, Hebe (1992), "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas" en *Enrique Oteiza (compilador), La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*. Buenos Aires: Bibliotecas Universitarias del Centro Editor de América Latina.
- Vommaro, Gabriel (2013), "Estudiar el reclutamiento partidario a través de la variable 'generaciones políticas': el caso del PRO en la ciudad de Buenos Aires" en *Congreso Internacional de la Latin American Studies Association*, Washington DC.
- Vommaro, Pablo (2012), "Los procesos de subjetivación y la construcción territorial: Un acercamiento desde experiencias de organizaciones sociales en Buenos Aires" en *Piedrahíta Echandía, C. et ál. (Comp.): Subjetividades políticas: Desafíos y debates latinoamericanos*. Bogotá, Colombia: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, IDEP y CLACSO.
- Winston, Colin (1983), "Between Rosas and Sarmiento: Notes on Nationalism in Peronist Thought", en: *The Americas*, 39, 3, 305-332.
- Yang, G. (2000) "Achieving emotions in collective action: emotional processes and movement mobilization in the 1989 Chinese student movement", in: *Sociol. Q.* 41:593-614.

## *Datos del autor*

MARCOS MUTUVERRÍA es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de General Sarmiento (UNGS-IDES), Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) e Investigador en el Laboratorio de Estudios en Sociedad y Cultura (LECyS) de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Investigador becario posdoctoral CONICET y docente de UNLP, USI y UB. Sus temas de investigación se vinculan con el campo de los estudios en juventudes, la cultura y la política. También se interesa por cuestiones relacionadas a los estudios sobre el Estado, desigualdad y la educación.



Colección

**Las juventudes argentinas hoy:  
tendencias, perspectivas, debates**

Director: Pablo Vommaro

En los últimos años las juventudes adquirieron un lugar fundamental en las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, tanto en la Argentina como en América Latina y en el mundo. En este marco, los estudios sobre el tema han proliferado, constituyéndose como campo en permanente ampliación aunque aún en construcción. Sin embargo, luego de algunos textos precursores en los años ochenta, no existían esfuerzos sistemáticos por realizar trabajos integrales que dieran cuenta de las diversas dimensiones en las que despliegan sus vidas los jóvenes argentinos. Esto es parte del desafío que asumimos desde esta colección. Abordar dimensiones diversas, aspectos diferentes, espacios distintos para avanzar en la reconstrucción de una cartografía que aporte a la comprensión de las realidades juveniles en la Argentina con enfoque latinoamericano y perspectiva generacional.

Presentamos textos rigurosos y fundamentados, productos de investigaciones sólidas, pero con lenguajes amplios, accesibles, no codificados, que permiten lecturas desde diversas posiciones realizadas por sujetos diversos, sobre todo por los propios jóvenes.

Este libro analiza la forma en la que las juventudes militan dentro del peronismo y la inversión emocional que hacen para ser parte de una tradición política con fuerte anclaje en la búsqueda por la igualdad en la Argentina. En sus páginas se muestra un recorrido por diferentes experiencias juveniles explicando cómo se realizó el trabajo de campo en la tesis doctoral del autor, y también el involucramiento personal que se dio durante la investigación. Se indaga sobre uno de los aspectos más personales e íntimos: ¿qué inversión personal, emocional, afectiva, temporal, energética, económica y vital realizan quienes apuestan a un proyecto político que atraviesa sus vidas y genera una pasión?

Son cuatro los conflictos que vertebran esta mirada sobre la militancia juvenil: el conflicto entre la propia juventud peronista, la disputa generacional con el mundo adulto de la política, la conflictividad de la inserción laboral en el Estado, y las alteridades en las políticas territoriales.

Este es un libro que habla de un fenómeno particular, como lo es el peronismo y su militancia, anclado en la ciudad La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina. También es, al mismo tiempo, un sinónimo de las muy diversas experiencias de militancia juvenil alrededor del mundo.

ISBN 978-987-8308-22-7



9 789878 308227